



Trabajo Fin de Máster

Resumen del trabajo

Título: **Francotiradores y candidatos manchurianos. Dinámica y efectos del abandono filosófico de la Economía. Una lectura althusseriana.**

Autor: Ernesto Clar

Director del Trabajo: Juan Manuel Aragüés

Centro: Facultad de Filosofía y Letras, Zaragoza

Título: **Francotiradores y candidatos manchurianos. Dinámica y efectos del abandono filosófico de la Economía. Una lectura althusseriana.**

Autor: Ernesto Clar Moliner

Director: Juan Manuel Aragüés Estragués

Máster en Estudios Filosóficos.

RESUMEN.

La Economía nace como disciplina científica en el tránsito de la época Moderna a la Contemporánea. Surgida en estrecha conexión con el pensamiento filosófico, la evolución de la disciplina por los caminos de la ciencia fue produciendo un paulatino abandono de la influencia filosófica en el trabajo de los economistas. En este proceso una serie de momentos clave marcaron el devenir de dicha separación. Este trabajo repasa la historia de esa separación con especial atención a esos momentos. Como guía del recorrido histórico se emplea el *Curso de filosofía para científicos* de Louis Althusser por su alto valor heurístico para explicar e ilustrar lo sucedido. Asimismo, se recurre a la terminología de Joseph A. Schumpeter para discernir mejor las fases de esa separación creciente entre economía y filosofía.

PALABRAS CLAVE: Pensamiento económico, análisis económico, filosofía, Althusser, Schumpeter.

ABSTRACT

Economics was born as a scientific discipline during the change from the Modern era to the Contemporary era. Emerged in close connection with the philosophical thought, the evolution of economics on the path of science brought about a gradual desertion of the philosophical influence on the work of the economists. It was a process in which a number of key moments marked the dynamic of the gap between economics and philosophy. This paper reviews the history of this intellectual gap with special attention to those moments. As a guide we will use Louis Althusser's *Philosophy Course for Scientists*, due to its high heuristic value to explain and illustrate what happened. Joseph A. Schumpeter terminology is also used to better discern the phases of the growing gap between economics and philosophy.

KEY WORDS: economic thought, economic analysis, philosophy, Althusser, Schumpeter.

ÍNDICE

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN.....	2
II. PROPUESTA METODOLÓGICA: DE ALTHUSSER A SCHUMPETER.....	3
III. MOMENTO CERO DE LA SEPARACIÓN: LA ARITMÉTICA POLÍTICA.....	7
IV. LOS CIMENTOS DE LA CIENCIA ECONÓMICA. COMIENZA EL PALIMPSESTO.....	10
V. LA CIENCIA ECONÓMICA SURGE COMO RAMA DE LA FILOSOFÍA: ADAM SMITH.....	12
VI. SMITH NO DEJA DICÍPULOS: EL PALIMPSESTO VA CRECIENDO.....	15
VII. MOMENTO UNO DE LA SEPARACIÓN: LOS PRINCIPIOS DE DAVID RICARDO.....	17
VIII. LA RELACIÓN SE REANUDA: BENTHAM Y STUART MILL.....	19
IX. SEGUNDO MOMENTO DE LA SEPARACIÓN: LA REVOLUCIÓN MARGINALISTA.....	22
X. TERCER MOMENTO DE LA SEPARACIÓN: LA ECONOMÍA SE VUELVE PROFESIÓN CON MARSHALL.....	27
XI. CUARTO MOMENTO DE LA SEPARACIÓN: LOS MATEMÁTICOS TOMAN LA DISCIPLINA.....	30
XII. LA SEPARACIÓN SE DETIENE UN INSTANTE: JOHN M. KEYNES.....	35
XIII. QUINTO MOMENTO DE SEPARACIÓN: EL INSTRUMENTALISMO ECONÓMICO.....	39
XIV. SEXTO MOMENTO DE SEPARACIÓN: ECONOMETRÍA Y MODELOS INFORMATIZADOS.....	42
XV. A MODO DE CONCLUSIÓN PESIMISTA: FRANCOTIRADORES Y CANDIDATOS MANCHURIANOS.....	46
BIBLIOGRAFÍA CITADA.....	52
APÉNDICE.....	54

I. A modo de introducción.

Apenas comenzado el siglo XX, Vilfredo Pareto y Benedetto Croce sostuvieron en el *Giornale degli economisti* una interesante (tanto como poco conocida) polémica acerca de la naturaleza de la economía. Croce acusó a Pareto de asimilar la disciplina económica a una mecánica racional, cuando “la economía no conoce de cosas y objetos físicos, sino sólo de acciones”. En respuesta, Pareto tildó la perspectiva de su interlocutor próxima a las ideas platónicas, zanjando la discusión de manera lapidaria: “Yo no soy enemigo de la metafísica, pero no la entiendo y, por lo tanto, no discuto sobre ella”¹.

Décadas antes Karl Marx denunció a los economistas como “sicofantes del capital”, que ignoran la metafísica, base filosófica imprescindible para el análisis de la sociedad moderna. El propio Marx ejemplifica en el siglo XIX una especie en extinción, el pensador que llega a la economía a partir de la reflexión filosófica. Por su parte, la refriega Croce-Pareto evidencia en torno a 1900 el estertor de esta relación que, desde antiguo, vinculara a la economía con la filosofía. Prácticamente consumado el divorcio, la obsesión científica de Marx es un símbolo más del tercero en discordia que los separa: la economía pasa a ocupar la casa de la ciencia.

Medio siglo más tarde, cuando aparezca póstumamente la “Biblia” del pensamiento económico, su autor, Joseph A. Schumpeter renegará expresamente de que aquella íntima relación significase alguna vez algo: “el análisis económico no ha sido nunca configurado por las opiniones filosóficas de los economistas, aunque sí que ha sido frecuentemente viciado por las actitudes políticas de éstos”². Sorprende afirmación tan categórica en una disciplina cuyos más insignes representantes hasta finales del siglo XIX (Smith, Stuart Mill, Marx, por citar tres de los principales) se dedicaron a la filosofía. Sin duda, si Schumpeter era capaz de sentenciar una separación tan radical entre filosofía y economía era porque en la primera mitad del siglo XX constituía una realidad aceptada generalmente por la mayoría de los economistas.

Ahora bien, ¿en qué momento preciso puede certificarse la separación definitiva entre economía y pensamiento filosófico? ¿Cómo fue el proceso que condujo a dicha separación? Dar respuesta a estas preguntas constituye el objetivo básico de este ensayo. Se trata por tanto, de indagar en las conexiones entre el trabajo de los economistas y el de los filósofos, observando cuándo y por qué las referencias filosóficas dejaron de tener un peso relevante en la forma de hacer economía. No se busca hacer atribuciones exógenas respecto de qué filosofías o categorías filosóficas explican la evolución del pensamiento

¹ Cfr Roncaglia, 2006: 447.

² 1994:67.

económico, sino de buscar dichas referencias expresas en la producción de los economistas más destacados.

El seguimiento cronológico va a recoger a los economistas más relevantes en la construcción de la ciencia económica, la inmensa mayoría de los cuales forman la llamada línea ortodoxa. Si bien parte de la llamada economía heterodoxa, significativamente Marx, ha tenido una importancia similar a la de aquellos, la marcha de la disciplina durante el último siglo es muy deudora de dicha corriente principal. Su poder e influencia para determinar la marcha de los acontecimientos en numerosos ámbitos (académicos, investigadores, de política económica...) obliga a considerar a la economía ortodoxa como línea fundamental que explica, por ejemplo, el punto en el que se encuentra la ciencia económica en la actualidad.

Como hilo conductor de fondo para este relato emplearemos el *Curso de filosofía para científicos* impartido por Louis Althusser en la *École Normale Supérieure* de París a finales de 1967. La virtud de este texto es la de ayudar a comprender mejor la relación entre filosofía y práctica científica, desvelando algunos de los aspectos clave del “abandono de la filosofía” por la disciplina económica y su encuadramiento en la ciencia. En este sentido, lo primero es clarificar qué entendemos por influencia filosófica cuando hablamos de la economía.

II. Propuesta metodológica: de Althusser a Schumpeter.

En sus tres *Cursos de filosofía para científicos*, Althusser se dirige a los científicos presentes (desde los matemáticos y físicos, hasta lo que él llama, con perdón, “literatos”) proponiéndoles una serie de Tesis filosóficas que den respuesta a la pregunta: ¿qué puede esperar la ciencia de la filosofía? La Tesis número veinte clarifica su papel: “la filosofía tiene como función primordial trazar una línea de demarcación entre lo ideológico de las ideologías, por una parte, y lo científico de las ciencias, por otra”. O dicho de otro modo, separar la práctica científica de su base teórica³.

En el particular de las ciencias humanas (entre las que incluye Althusser a la economía política) la función de la filosofía consiste en dar respuesta a una “cuestión fundamental: si las ciencias humanas son, salvo contadas excepciones, lo que creen ser, es decir, ciencias, o si por el contrario son, en su mayoría, algo muy distinto: “técnicas ideológicas de adaptación y readaptación sociales”. Pero esta delimitación de lo científico de lo ideológico supone que la filosofía ha de reconocerse a sí misma en las ciencias humanas. Porque no es otra que la filosofía (“en personne” como dice Althusser) o más exactamente filosofías concretas

³ 1974: 11-12, 26.

(idealistas) las que actúan como “sustituto ideológico de la base teórica que les falta”. A diferencia de las ciencias exactas donde “todo ocurre sin la intervención visible de la filosofía”, en las ciencias humanas, determinadas filosofías se hacen presentes para cubrir el vacío teórico que presentan. Y dado que el filósofo francés admite que existen excepciones a esta norma (Althusser menciona dos: el psicoanálisis y la lingüística, añadiendo después un misterioso etc.), la pregunta sería si la economía cae más bien dentro de la excepción o de la norma⁴.

En este sentido, el abandono filosófico por parte de la economía habría de constituir un punto de cesura entre la excepción y la norma althusserianas. Sin embargo, esta delimitación no es muy nítida a simple vista. Lo que podríamos denominar “la paradoja de Schumpeter” expresa bien a las claras esta dificultad. Pese al mencionado desdén con el que trata cualquier atisbo de influencia filosófica en el quehacer de los economistas, todas y cada una de las épocas que marcaron la edificación del corpus teórico de la economía viene jalona en su *Historia del análisis económico* por una descripción minuciosa del ambiente intelectual en el que surgieron tales o cuales ideas económicas. Reconocida por tanto la importancia del estado de las ideas en la que se movieron los economistas, Schumpeter no puede por menos que admitir que cierta filosofía reside siempre en el trasfondo de todo teórico de la economía. El concepto básico aquí es el de “visión”.

Con “visión” Schumpeter quiere significar todo aquello previo “en cualquier aventura científica”, la selección de los fenómenos a estudiar y la caracterización de sus propiedades fundamentales. Dicha visión no la conforma otra cosa que la ideología, bien entendido que la ideología encierra para Schumpeter algo más que los meros “juicios de valor” de los individuos⁵. Maurice Dobb, uno de los autores que aborda de modo más decidido esta conceptualización schumpeteriana, entiende por ideología “un punto de vista filosófico... una filosofía social, siempre que no se le atribuya una connotación demasiado formal o metodológica”⁶.

En este punto resulta operativo para los objetivos de este ensayo volver al *Curso de filosofía* de Althusser, en concreto cuando lo ilustra a través del trabajo del biólogo Jacques Monod. La producción científica de Monod, como la de cualquier otro científico habría que decir, viene dada por la interrelación entre tres componentes: la práctica científica (o esfera de la ciencia), la filosofía (que se concretaría en una filosofía de la ciencia) y la concepción del mundo o CDM. La esfera de la CDM se superpone y fagocita a la de la filosofía, mientras la científica se interconecta exclusivamente con la filosófica (ver Apéndice). De dicha zona de intersección entre ciencia y filosofía surge lo que Althusser denomina “filosofía espontánea de los

⁴ Ibíd., 48 y 38-9

⁵ 1994: 78-80.

⁶ 1980: 14.

científicos”, de ahora en adelante FEC⁷. La FEC recoge una ideología o filosofía científica, pero concerniente sólo a las concepciones que los científicos poseen sobre la práctica científica y la ciencia en general, de manera que, los valores de fondo contenidos en las ideologías prácticas (religiosas, jurídicas, y sobre todo políticas) vendrían incluidos en la CDM⁸.

Desde esta óptica podemos interpretar que la “visión” schumpeteriana se correspondería de manera bastante aproximada con la FEC de Althusser. La CDM también estaría presente en Schumpeter, ya que el “factor subjetivo” en la práctica del economista estaría integrado por sus sentimientos, deseos, creencias, todo aquello que conforma aquella. Sin embargo, y aquí es donde viene su paradoja, aún admitiendo la presencia de una determinada “visión”, Schumpeter niega categóricamente la interferencia de la filosofía en el trabajo de los economistas. Inclusive en los grandes economistas de finales del XIX y principios del XX, admite que todavía estudiaron filosofía, dada su pertenencia a familias burguesas (sic); y aunque “se puede suponer que no les repugnó”, dicha aproximación a la filosofía sólo sirvió para hacerlos “más civilizados” y nada más⁹.

Es decir, en el esquema althusseriano de relación entre las distintas esferas, Schumpeter separaría la esfera filosófica de la de la práctica científica. Esto no se ha de interpretar como ausencia de filosofía sino de filosofías, ya que para Althusser la esfera de la filosofía hace referencia tanto a grandes filosofías (racionalismo, empirismo...) como a argumentaciones filosóficas concretas de filósofos concretos¹⁰. Y esta separación no es incompatible con su “visión” puesto que esta corresponde para Schumpeter a un estadio “preanalítico”, previo por tanto a la elaboración teórica formal, o momento propiamente dicho del análisis¹¹. Es precisamente esta distinción la que le permite afirmar que la influencia filosófica no va más allá, dado que los instrumentos analíticos y teoremas que emplea el economista para elaborar sus teorías están completamente a salvo de ella.

Las razones de Schumpeter para establecer que las esferas de la ciencia y la filosofía, entrelazadas en Althusser, funcionan separadamente, tienen mucho que ver con la cuestión del innegociable status “científico” (y su reverso “no ideológico”) de la disciplina. La economía no puede permitirse el lujo de que sea la filosofía subyacente a cada pensador económico la que configure una suerte de “pseudoexplicación de la historia del análisis económico”, por lo que el “simple sentido común” establece de antemano que el pensamiento filosófico no puede determinar dicho análisis, basado en fórmulas y operaciones matemáticas¹². Y teniendo en cuenta que, para el austriaco, ciencia es a) sentido común refinado, y b)

⁷1975: 154.

⁸ Ibíd., 76, 100 y 149.

⁹ 1994 :856.

¹⁰ 1975: 143.

¹¹ 1994: 78.

¹² Ibíd., 68.

conocimiento instrumentado, el análisis económico cumple ambos requisitos para recibir la consideración de “científico”¹³.

Ahora bien, si Schumpeter cree poder separar con facilidad el análisis económico del pensamiento filosófico se debe al salto conceptual que previamente ha dado. Aquí, la distinción terminológica entre “pensamiento económico” y “análisis económico” es de la máxima importancia. Mientras el pensamiento económico (o incluso mejor, la economía política¹⁴) posee siempre un trasfondo ideológico indudable, el análisis económico refiere a una serie de técnicas y herramientas formales, que pueden ser tratados de manera independiente y objetiva. De modo que, mientras en el análisis económico es posible apreciar un “progreso científico” (sic) por el cual nuevos aparatos conceptuales y herramientas analíticas plantean y resuelven problemas no propuestos o no resueltos anteriormente (lo que Schumpeter llama la “perfección analítica”), ni al pensamiento económico ni a la economía política se puede atribuir esta cualidad. Las teorías y propuestas económicas de estas dos últimas pueden coexistir sin que nadie pueda aseverar que unas son superiores objetivamente a otras. Porque la preferencia digamos, entre el liberalismo de Adam Smith o el socialismo soviético es una cuestión meramente subjetiva, dice Schumpeter, al igual que lo es (citando a Sombart) la preferencia de un hombre por las mujeres rubias o por las morenas¹⁵.

Independientemente de lo controvertida que nos pueda parecer esta pируeta conceptual¹⁶, la delimitación schumpeteriana resulta muy útil para el objetivo que nos proponemos. Si Schumpeter cataloga *La riqueza de las naciones* como una obra de economía política, o considera, por el contrario, que los *Principios de economía* de Alfred Marshall marcaron alrededor de 1890 el verdadero comienzo de la economía “científica”, parece claro que la historia del análisis económico fue hasta un momento la historia del pensamiento económico. Y más que fijar la fecha en que eso sucedió, algo bastante complejo según observaremos, lo trascendente es seguir el dilatado proceso que hizo de la economía política simplemente economía, a través de una dinámica en la que todo lo que iba aproximando la disciplina a las ciencias puras, la iba alejando de la filosofía (de las filosofías).

A partir de aquí iremos observando el recorrido que llevó de manera progresiva al abandono filosófico de la economía como una sucesión de “momentos” de distanciamiento que fueron

¹³ Ibíd., 42.

¹⁴ Por pensamiento económico entiende “la suma total de opiniones y deseos concernientes a los sujetos económicos, en especial los que se refieren a la política pública que afecta a las cuestiones que en un tiempo y lugar determinados, ocupan la atención del público”. (p. 75) En cambio, economía política sería la “exposición de un amplio conjunto de procedimientos económicos que su autor pone sobre la base de ciertos principios (normativos) unificadores, tales como los principios del liberalismo económico, el socialismo, etc” (p. 74).

¹⁵ Ibid., 76-77.

¹⁶ Maurice Dobb discute profusamente la concepción schumpeteriana en el capítulo introductorio de su libro sobre ideología y teoría económica de 1973. El mismo Schumpeter no acabó de cerrar por completo sus reflexiones sobre la relación entre ideología (su “visión”) y análisis económico. Cfr 1994: 81-82.

ahondando una autonomía cada vez mayor de la ciencia económica. Partiremos de la época de surgimiento de la economía como ciencia y llegaremos hasta la segunda mitad del siglo XX. Finalmente, y a la vista de nuestras conclusiones, reflexionaremos sobre el estado actual de la disciplina y su responsabilidad en la “gran recesión” reciente, como efecto (o no) de este divorcio de la economía respecto de la filosofía.

III. Momento cero de la separación: la “aritmética política”.

Hasta el siglo XVI el pensamiento económico se construyó sobre un paradigma teleológico, en el que la escolástica siguió las coordenadas establecidas por Aristóteles. Siguiendo la tradición aristotélica, los asuntos económicos se apreciaban insertos en el prisma de la filosofía práctica, moral y política. Como afirma Schumpeter, el continuum que enlazaba el pensamiento clásico con el escolástico era la consideración de la ciencia social como un todo, como una unidad¹⁷. Esos dos rasgos, consideración de lo económico dentro de una filosofía más amplia, y aspiración a un conocimiento holístico, los compartieron aquellos pensadores que, ya desde finales de ese mismo siglo XVI, fueron abriendo una pequeña vía de agua entre economía y filosofía. Porque fue el mundo de las ideas, y no tanto el de la práctica científica, animada por la revolución de la ciencia, el que abrió brecha.

Algunos de los conceptos del *Curso de filosofía* nos son útiles para explicar este proceso. En el interior de esa filosofía (FEC) que, de modo inconsciente o parcialmente consciente, guía el trabajo de los científicos, Althusser distingue dos elementos contradictorios: un primer elemento “intracientífico” que recoge las convicciones que se derivan de la experiencia cotidiana en la práctica científica. Tales convicciones no presentan dudas filosóficas que puedan poner en cuestión dicha praxis científica. El segundo elemento (Elemento 2) tiene carácter “extracientífico” y recoge las Tesis que sobre la práctica científica elabora la filosofía de la ciencia, sometiendo a escrutinio su validez, sus métodos, etc. Althusser sostiene que, salvo excepciones muy destacadas, el Elemento 2 (que califica como “idealista”) domina sobre el Elemento 1 (al que denomina “materialista”)¹⁸.

Esta contradicción en el seno de la FEC no es eterna, sino que comienza en una coyuntura histórica concreta. Althusser cifra su origen en la Ilustración, y su “idealismo” sobre la omnipotencia del conocimiento, de la verdad científica que transformará el mundo. Así, el dominio del “idealismo” presente en el Elemento 2 ha ido determinando distintas modalidades de FEC según la fuerza de sus defensores. Si ir más lejos, en el siglo XVII, habría sido el racionalismo mecanicista la FEC dominante para Althusser¹⁹.

¹⁷ Schumpeter, 1994: 859

¹⁸ 1975 :101-3.

¹⁹ Ibíd., 109-112.

De vuelta al terreno económico, el momento “cero” (por ser previo al surgimiento de la ciencia económica) de brecha entre economía y filosofía, reproduce el esquema althusseriano. Si bien la revolución científica, liderada por grandes matemáticos, ofreció ya entonces herramientas que serían de mucha utilidad dos siglos más tarde a los economistas (por ejemplo, la representación de emociones mediante curvas en la geometría analítica cartesiana), el influjo principal que recibió el pensamiento económico del siglo XVII fue la filosofía mecanicista y su concepto de que todo es susceptible de ser medido²⁰. Por consiguiente, el Elemento 2 de los filósofos iusnaturalistas y racionalistas cartesianos dominando sobre el Elemento 1 de la práctica científica.

Este proceso tuvo diversos protagonistas desde el ámbito del pensamiento económico. En Inglaterra, el autor más destacado fue William Petty (1623-1687), creador de la “aritmética política”, cuyo eje consistía en desterrar de la investigación económica las “ideas, opiniones, apetitos y pasiones de hombres concretos”, basándola en términos de “número, peso o medida”²¹. Y si bien Petty fue un hombre de ciencia (médico, doctor en física, estadístico), es posible rastrear esta manera de entender la economía en el pensamiento de dos filósofos muy relevantes de su época.

El primero, aquel que Benjamin Farrington llamaría “filósofo de la Revolución Industrial”, Francis Bacon que, junto a Descartes, reivindicara la concepción del hombre como dueño de la naturaleza a través del conocimiento y la técnica²². Asimismo, Bacon fue el abanderado del método inductivo, contraponiéndolo al de la “especulación escolástica y aristotélica”, lo que constituye para Schumpeter “el error que deforma hasta hoy día la historia del pensamiento”²³. Justamente Petty expresó la necesidad de analizar los fenómenos sociales desde el método inductivo baconiano frente al método lógico-deductivo de la Escolástica²⁴.

El segundo filósofo fue el discípulo de Bacon Thomas Hobbes, del que Petty aprendió en París el pensamiento baconiano. Dos conceptos de Hobbes resultan determinantes. Por un lado, considerar que los fenómenos sociales han de indagarse mediante las relaciones cuantitativas existentes entre ellos. Por otro, la afirmación contenida en el *Leviatán* según la cual la razón misma es cálculo, lo que abre la puerta a aplicar la matemáticas a las disciplinas sociales, significativamente a la economía²⁵. La “aritmética política” de Petty trasladó estas ideas al pensar económico, estableciendo una vía de separación entre ciencia y ética, presente en Bacon

²⁰ Spiegel, 1990: 150.

²¹ *Aritmética política* (1690) cit. en Roncaglia, 2006: 88.

²² Farrington, 1971:23.

²³ 1994: 128-9.

²⁴ Roncaglia 2006: 87.

²⁵ Naredo, 1996: 19.

y Hobbes, pero que se podría remontar a Maquiavelo²⁶.

Schumpeter juzga la influencia de Hobbes como la mayor que ejerciera el materialismo mecanicista de su época sobre las ciencias sociales, con “una consecuencia sumamente desgraciada”, que no sería otra sino trasladar los métodos de análisis propios de la física a los hechos sociales²⁷. Le achaca también haber dado origen al “igualitarismo analítico” (las capacidades físicas y mentales de los hombres son tan similarmente limitadas que se pueden considerar iguales), postulado que la mayoría de los economistas posteriores habría aceptado como un dogma²⁸. Por último, observa en la capacidad que Hobbes atribuye al espíritu humano de percibir y representar un objeto externo a él, el origen de una cadena que, pasando por Locke, acabaría en la psicología asociacionista de los dos Mill, padre e hijo²⁹.

Si importante fue la influencia del pensamiento filosófico en los escritos económicos originados en Inglaterra, no lo fue menos en el caso de la gran escuela de pensamiento económico en la Francia del dieciocho, la fisiocracia. Su pensador más destacado, François Quesnay (1694-1774), médico de profesión como Petty, se benefició de su familiaridad con la física para aproximar la economía a las ciencias puras. Es innegable la deuda de su principal construcción teórica, el “tableau économique” con la anatomía humana de la que era gran conocedor, pero en el fondo de su concepción económica residía, al igual que en Petty, una fuerte presencia filosófica.

El propio “tableau” se sitúa dentro del esprit de système cartesiano y la adecuación entre el orden positivo, manejado por el gobierno, y el orden natural. La influencia del racionalismo francés, y su fe en la razón como medio para alcanzar la verdad, le llegó a través de Malebranche, discípulo de Descartes³⁰. Quesnay trasladó a su “cuadro” de relaciones económicas, la concepción del cosmos, jerárquica y armoniosa de Malebranche, de modo que la sociedad del ancien régime aparecía como un todo ordenado por el trabajo de cada uno, involuntariamente beneficioso para el conjunto. Del mismo modo, la creencia en las representaciones inmutables y eternas de la mente como guía hacia el conocimiento verdadero, le indujo a considerar la abstracción teórica como el camino para pensar los hechos económicos. En definitiva, individualismo y abstracción teórica, dos herencias importantes de esta tradición racionalista de la economía³¹.

La corriente racionalista del pensamiento económico debería tener en la base la filosofía de

²⁶ Roncaglia, 2006: 87-90. Naredo, 1996: 68-69.

²⁷ 1994: 158.

²⁸ Ibid, 161-162.

²⁹ Ibid, 160. En Locke se aprecia un precursor de la teoría subjetiva del valor y el utilitarismo, ejemplificado en su sentencia “Las cosas son buenas o malas sólo con referencia al placer o al dolor” presente en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* de 1689. Cfr. Roncaglia, 2006: 240

³⁰ Roncaglia, 2006:149

³¹ Spiegel, 1990:224-6.

Descartes, si bien este aspecto es todavía objeto de controversia. Algunos estudiosos de la evolución de los saberes económicos le responsabilizan del camino escogido por la línea dominante de la disciplina. McCloskey atribuye al dogma cartesiano de la verdad indubitable haber “crucificado” la retórica, sin que el estrechamiento del pensar que produjera se haya corregido en la economía³². El economista evolucionista Hodgson considera que la corriente ortodoxa se asienta sobre su dualismo entre mundo del pensamiento y mundo material, con “consecuencias ontológicas, epistemológicas y metodológicas”³³. José Manuel Naredo también señala a Descartes como padre del mecanicismo científico, el análisis analítico-parcelario y la separación de la ética emprendido por la economía. Una influencia que llegaría hasta los economistas neoclásicos, pero que, sobre todo, sería clave en el nacimiento de la ciencia económica sobre la base de la inmutabilidad de las leyes naturales cartesianas³⁴.

No obstante, la trascendencia indirecta de Descartes en el pensamiento económico no se compadece con su influencia directa, pues excepción hecha de la Fisiocracia, son muy contadas las veces en que grandes economistas recurren a su filosofía. Quizá haya tenido que ver el hecho de que los principales nombre de la ciencia económica a partir del siglo XVIII han sido sobre todo anglosajones. Y en este ámbito de pensamiento la fuerza del empirismo sería más notable.

IV. Los cimientos de la ciencia económica. Comienza el palimpsesto.

En el repaso histórico que hace Althusser de las diversas FEC que han dominado el panorama científico, nombra al “racionalismo empírista” como el dominante en el siglo XVIII. Atendiendo a la evolución de la reflexión económica durante ese siglo, encontramos ciertamente a la filosofía empírista como el principal referente, sobre todo después de 1750. Todo lo cual no significó la eliminación total de la influencia racionalista en el pensar económico. El propio Altusser aclara que es posible hallar en cualquier época concreta diversas FEC, una dominante, y otras, que siguen subsistiendo en una posición de dominación³⁵.

En la economía, esta convivencia entre filosofías espontáneas, bien sean de carácter general o más concretamente de la ciencia, ha sido una tónica desde el siglo XVIII, dando lugar a lo que podemos nombrar el “palimpsesto de la teorización económica”. Tal y como iremos observando a partir de este momento, lo habitual, al menos hasta la segunda mitad del siglo XX, ha sido que los grandes economistas hayan escrito encima de las teorías (y por ende de las FEC

³² 1994: 398.

³³ 1995:36 y ss.

³⁴ 1996 :16 y 219

³⁵ 1974., 112.

contenidas en ellas) inmediatamente precedentes, rescatando si acaso algo de épocas más lejanas que, por alguna razón, no ha sido borrado completamente de la primera página del quehacer económico.

Este concepto del “palimpsesto” permite apreciar el momento fundacional de la ciencia económica a lo largo del siglo XVIII, cuando una serie de pensadores escriben en reacción al racionalismo dominante del siglo precedente, sobre todo de los fisiócratas. En la misma Francia, enciclopedistas como Étienne Bonnot de Condillac (1714-1780), padre intelectual del “sensualismo” francés, se apartó de la estela cartesiana, adoptando el “sensismo” empirista de Locke³⁶. Por su parte, Ferdinando Galiani (1728-1787), diplomático italiano en París, condenó el racionalismo dogmático de los fisiócratas, abogando por un relativismo histórico que considerase siempre el contexto concreto de cada situación de política económica, en vez de acogerse a principios inmutables, supuestamente universales. Galiani mostró gran influencia del filósofo napolitano Giambatista Vico, y su oposición al racionalismo ahístico propio del cartesianismo francés. Vico defiende una ciencia en que espíritu y sociedad evolucionan conjuntamente, convirtiéndose así para Schumpeter en “uno de los más grandes pensadores de todas las épocas en el campo de las ciencias sociales”³⁷.

Las ideas de Galiani fueron conocidas de primera mano por el filósofo empirista que mayor influencia ejercería sobre la orientación científica de la economía política, David Hume. Su proyecto de construir una “ciencia del hombre” a partir de la “experiencia y la observación” recurre a la investigación histórica como el modo principal de hallar regularidades en las que basar esas ciencias sociales. Hume entiende la ciencia como un proceso y no como un dogma inmutable, al modo del racionalismo cartesiano más próximo a los fisiócratas³⁸. Así, la idea humeana de que las materias propias de la filosofía práctica (entre las cuales se encontraría la economía) no son creaciones de la razón, sino análisis racional a partir de los fenómenos recogidos por la experiencia, sería aceptada plenamente por la escuela ilustrada escocesa, y en especial por Adam Smith.

Hume también fue un autor clave para entender el progresivo distanciamiento entre la economía positiva y la economía normativa. Su *Tratado de la naturaleza humana* con el expresivo subtítulo de *Intento de introducir el método de razonamiento experimental en los temas morales* tiene una importancia capital, aunque sólo sea por el hecho de la inspiración que produjo en Adam Smith, quien la leyó de joven. La edificación de una filosofía moral empirista, que comenzara con Francis Hutcheson (1694-1746), maestro de Smith, y su oposición a

³⁶ Schumpeter, 1994: 164.

³⁷ Roncaglia, 2006: 153.

³⁸ Spiegel, 1990:

Hobbes, la completaría Hume con una moralidad “más propiamente sentida que pensada”³⁹.

En definitiva, la filosofía empirista tuvo una influencia importante en el momento naciente de la ciencia económica, sobre todo en Gran Bretaña. Ahora bien, ¿supusieron los autores empiristas como Condillac, Galiani o Hume una verdadera ruptura con lo anterior? En opinión de Schumpeter dicha ruptura fue bastante relativa, ya que sus objetivos, su programa y sus métodos (experimentales) no distaban mucho de los empleados por los filósofos iusnaturalistas, e inclusive de los escolásticos o el mismo Aristóteles. Para el economista austriaco, la principal objeción que separa el trabajo de estos autores y el de los modernos especialistas en las ciencias sociales, es su insistencia en referir a una ciencia-madre de la naturaleza humana como guía necesaria de toda investigación. De hecho, la única “modernidad” que aprecia en ellos, significativamente en Hume (“aparte de su hostilidad a la metafísica”) es el haber practicado economía aparcando las referencias a la ciencia de la naturaleza humana⁴⁰. No parece por tanto, que Schumpeter observe en estos autores empiristas una separación muy notable entre pensamiento filosófico y práctica económica, por lo que estarían lejos todavía de estar realizando “análisis económico” en sentido schumpeteriano, aunque algunas de sus ideas fueran muy aprovechadas siglos después⁴¹.

No obstante, a la altura de la segunda mitad del siglo XVIII, la economía política se encontraba ya muy asentada como disciplina a caballo entre la filosofía y la ciencia, y en buena medida los llamados “padres de la economía” fueron prisioneros del dilema que comenzaba a plantear la verdadera pertenencia de la economía a la una o a la otra.

V. La ciencia económica surge como rama de la filosofía: Adam Smith.

Es un lugar común considerar la fecha de nacimiento de la economía como disciplina autónoma a partir de la publicación en 1776 de *La Riqueza de las naciones* de Adam Smith. La trascendencia de dicha obra ha acabado por convertir a Smith en el “padre” de la economía, aunque de forma muy paradójica, su trabajo dedicado asuntos económicos (o más precisamente cómo el propio autor escocés escribiera, a la administración, las finanzas públicas y la defensa), sólo centró una parte concreta de su vida, siendo la filosofía su gran ocupación antes y después de *La Riqueza*⁴². Claro está, que no fue el primer filósofo moderno en escribir sobre economía, pero sí fue el primero en escribir una gran obra en plena consonancia con los tiempos

³⁹ Méndez, 2007:95. Hutcheson fue el primer autor en tratar de cuantificar las acciones morales, entendiendo que la mejor de ellas sería la que lograse la máxima felicidad para el mayor número de personas. Cfr Roncaglia, 2006: 157.

⁴⁰ 1994: 165.

⁴¹ En concreto, la consideración de los mecanismos introspectivos individuales como fuente de información básica, y la aplicación de la “psicología asociacionista” para explicar los hechos sociales.

⁴² Cfr Reeder, 1998: 10-11.

revolucionarios en los que fue publicada. En gran medida, la ambivalente valoración que se sigue otorgando al trabajo de Smith tiene mucho que ver con ese contexto en el que él mismo se vio inmerso.

El *Curso de filosofía* althusseriano vuelve a ofrecernos reflexiones sugerentes para comprender lo sucedido. En el interior de los dos elementos contradictorios que conforman la FEC, uno materialista y otro idealista, juegan elementos muy diversos, tales como el estado de las ciencias y las relaciones existentes entre ellas, las ideologías y los conflictos de clase presentes en una determinada época. Todos ellos vienen resumidos por el concepto ya mencionado de la “concepción del mundo” (CDM). Althusser considera que dicha CDM irradia una influencia tanto sobre la filosofía más genérica del científico, como sobre el Elemento 2 (idealista) de su FEC⁴³. Es decir, la situación religiosa, moral, política e histórica de un individuo infecta sus conceptos filosóficos de fondo, y la filosofía espontánea con la que, de modo más o menos inconsciente, se aproxima a la práctica científica.

La CDM en la que se produce la creciente autonomía de la ciencia económica respecto de la filosofía práctica a la que había pertenecido desde la época Antigua, resulta un elemento imprescindible para entender por qué la economía se conformó de la manera en que lo hizo. La economía política surge entre dos revoluciones: una la científica, con el fuerte desarrollo que tienen las ciencias puras, siendo Isaac Newton su máximo exponente, y otra la industrial-liberal, que ya en la segunda mitad del siglo XVIII comienza en Gran Bretaña, planteando nuevos retos y problemas a los que dar respuesta. Por lo demás, aunque una tercera revolución, la francesa, alumbró una nueva era, la economía es un producto de la Modernidad y su fe en el progreso del conocimiento científico como herramienta para una mejora de la sociedad⁴⁴. Tres aspectos por tanto (cientifismo, industrialización y Modernidad), resultan imprescindibles para aproximarnos al pensamiento, no sólo de Adam Smith, sino de gran parte de los economistas que escribirían después.

La influencia de Newton es innegable, y reconocida por el mismo Smith. La idea de considerar el mundo como un mecanismo armoniosamente ordenado (“el máximo descubrimiento hecho jamás *por el hombre*” afirma en su *Historia de la astronomía*, publicado en 1795⁴⁵), no sólo se trasladó a su concepción de las relaciones económicas y sociales, en lo que Spiegel denomina el “mecanismo benéfico del universo newtoniano”. La definición que da de filosofía (“la ciencia de los principios conectivos de la naturaleza”) viene muy influida por esa concepción newtoniana, en la medida que trataría de “exponer las cadenas invisibles que conectan todos esos objetos” para “traer el orden a este caos de apariencias discordantes y

⁴³ 1975: 111 y 149.

⁴⁴ McCloskey sin ir más lejos sostiene que la metodología oficial de los economistas sigue siendo en nuestros tiempos “moderna”. Cfr 1994: 399-401.

⁴⁵ 1998: 112.

chirriantes⁴⁶”.

Smith es tanto un hijo de la Ilustración como lo es de un mundo que se desembaraza de todos sus vestigios feudales. El fuerte crecimiento de la industria y el comercio que, ya en su época se daba en las islas, estaba propiciando un cambio histórico en el que el acrecentamiento del producto, a diferencia del problema del consumo medieval o la acumulación de metales preciosos mediante el comercio exterior de los mercantilistas, era el principal aspecto a analizar⁴⁷. En este sentido hay que entender *La Riqueza de las Naciones* como un tratado sobre el proceso conducente al crecimiento económico de las sociedades. Un crecimiento económico muy relacionado con el ascenso de los avances científicos-tecnológicos de la Modernidad, y su fe en el progreso, así como con el ascenso de la burguesía y los cambios ideológicos que propició.

Smith siguió la filosofía política de Locke, y su defensa de la propiedad privada, si bien fue un paso más allá al determinar que la limitación lockeana del poder legislativo para promover el bien común pasaba directamente por dejar hacer a los individuos. El laissez faire smithiano ya estaba presente en su ideario bastantes años antes de su viaje a Francia donde trataba relación con los fisiócratas. A este respecto se discute si la influencia pudo ser el iusnaturalismo de Samuel von Pudendorf (1632-94) y sus “derechos naturales” del hombre, cuyas ideas empleó en clase el maestro de Smith, Francis Hutcheson⁴⁸.

Sea como fuere, lo cierto es que Adam Smith no dejó nunca de ser un filósofo, ni mucho menos cuando escribió sobre economía. Desde su perspectiva de filósofo moral fue capaz de apreciar las consecuencias negativas por ejemplo de la división del trabajo. Spiegel anota a este particular la más que posible influencia de Rousseau en el recurso de Smith a la educación como solución al problema⁴⁹. Curiosamente, es en el apartado dedicado a la educación dentro de *La Riqueza* donde Smith se refiere a la evolución filosófica desde la antigüedad, no mostrando mucho aprecio por la metafísica. Asimismo, una vez acabada la tercera edición de su gran obra económica, Smith retomó *La Teoría de los sentimientos morales* para confeccionar una nueva (y sexta) edición con capítulos nuevos, en los que defendía una postura vital estoica basada en el autocontrol⁵⁰. ¿Casualidad que fuese justo después de haber escrito y revisado *La Riqueza*?

En realidad, toda la obra de Smith parece haber respondido a un “plan” (el “grandioso plan” lo llamó Schumpeter) filosófico, del que formaba parte *La Riqueza*. Por tanto, en la economía política de Smith, economía y filosofía caminaban de la mano. La revitalización

⁴⁶ Ambos entrecorbillados en *La historia de la Astronomía*, Sección II (1998: 57). Spiegel, 1990:267-8.

⁴⁷ Spiegel, 1990: 292.

⁴⁸ Ibid., 278-9 ; Reeder, 1998 : 16 y 19.

⁴⁹ 1990 : 288.

⁵⁰ Reeder, 1998: 24. Según relatos de la época, Smith fue un seguidor ferviente de la filosofía estoica.

y reivindicación de su obra más famosa durante el último medio siglo nos ha convencido de su pertenencia indudable al ámbito de la economía, pero un mero repaso al índice onomástico muestra que, tan importantes como las referencias a economistas lo son las dedicadas a filósofos⁵¹. De hecho, y pese al éxito inicial de *La Riqueza*, pronto sería arrinconada en las mentes de los principales escritores económicos, cayendo prácticamente en el olvido hasta un siglo después de su primera edición.

VI. Smith no deja discípulos: el palimpsesto va creciendo.

Si bien es cierto que Smith comenta afirmaciones de otros economistas de su tiempo (Quesnay, al que pensaba dedicar *La Riqueza* antes de que muriese, Hume en su vertiente económica...), el verdadero palimpsesto económico comienza con él, pues son sus reflexiones las que centran buena parte de las disputas y debates económicos en los siguientes decenios entre los primeros economistas clásicos. Su forma de abordar los asuntos económicos va a venir muy determinada por su particular visión del mundo o CDM, pero ninguno de ellos va a recoger el testigo smithiano de una economía dentro del marco más amplio de la filosofía.

El primero de ellos, Thomas Robert Malthus (1766-1834) y su *Ensayo sobre el principio de población* (1798). Como Smith, se vio influido por el arraigo creciente de las ciencias puras, graduándose brillantemente en matemáticas. También asistió a la progresión del capitalismo industrial, si bien su contacto más de primera mano fue el de un rico heredero terrateniente, su padre. Por el contrario, sostuvo una concepción anti moderna del progreso humano. Influido sin duda por la religión anglicana que profesaba y ejercía como pastor, Malthus consideraba la condición del hombre como el verdadero responsable de los males sociales, y como tal no modificable institucionalmente. Obviamente, esta visión tan pesimista de la Creación vino matizada por la creencia en un universo (como en Smith) armoniosamente ordenado, en el que la presión demográfica habría sido un acicate para que el hombre mejorase su supervivencia⁵².

Lo interesante de Malthus es que su particular CDM no influyó sólo en su forma de entender la economía, sino en la de varias generaciones que, a partir de sus escritos, concebirían la economía política como una disciplina que mostraba la imposibilidad de superar las penalidades de la sociedad, la famosa “ciencia lúgubre” que la denominaría Thomas Carlyle (1795-1881) en un ensayo de 1849. Lo más importante fue que esta caracterización tan pesimista de la economía política, propició que los economistas del

⁵¹ Por ejemplo, son citados en más de una ocasión Platón, Aristóteles, Maquiavelo o Hobbes, amén de diversos pensadores presocráticos. Cfr 2009: 710-719

⁵² Spiegel, 1990: 327.

siglo XIX se centraran más en la búsqueda de “leyes científicas” que en las cuestiones sociales o políticas de fondo, presentes en los asuntos económicos⁵³.

Malthus no fue un pensador en el que la filosofía gozase de una presencia relevante. Ni en su *Ensayo* ni en sus *Principios de economía política*, publicados ya en el siglo XIX, aparecen referencias filosóficas, porque los pocos filósofos mencionados (Maquiavelo, Montesquieu o Hume) lo son por afirmaciones no estrictamente filosóficas. No ocurrió lo mismo con el autor de la tercera gran obra de economía política, cronológicamente hablando, el *Tratado de economía política* (1803) de Jean Baptiste Say (1767-1832). En dicho tratado, se menciona a los principales representantes de la Ilustración francesa (Montesquieu, Rousseau y Voltaire), pero también de Platón y Aristóteles.

Tradicionalmente se ha considerado a Say un mero divulgador de las ideas económicas de Smith, pero fue bastante más que eso. Sin ir más lejos, fue el primer autor en dar contenido a la economía política, definiéndola como “una exposición de la manera en que se forman, se distribuyen y se consumen las riquezas”. También habría contribuido a la economía analítica con una concepción primitiva del equilibrio económico la cual, en opinión de Schumpeter, fue formulada imperfectamente a causa de la nula preparación matemática de Say⁵⁴.

Jean Baptiste Say es una figura representativa del escritor económico a caballo entre dos mundos, el precedente, representado por la Fisiocracia y Adam Smith, y el posterior del que David Ricardo sería el nombre más destacado. Como Smith o Malthus, Say fue profesor (el primero en Francia) de Economía. Pero también como Ricardo, fue un exitoso hombre de negocios en un capitalismo medio siglo más maduro que el que observara Smith. Say fue consciente de ello, y defendió a la ciencia como promotora de una perspectiva racional del mundo que impulsa el progreso industrial. Así, la economía política se convierte en una ciencia de la observación de los hechos económicos que, dice Say, todo el mundo puede repetir⁵⁵.

Por lo demás, su CDM fue también la de un defensor del *laissez faire*, y sus ideas fueron especialmente bien acogidas en los recién creados Estados Unidos⁵⁶. La nueva sociedad burguesa que triunfaba allí establecía puentes con el liberalismo político y económico europeo. Ciencia y liberalismo iban a resultar claves en el primer momento de separación de la Economía respecto de la filosofía: la obra de David Ricardo (1772-1823).

⁵³ Roncaglia, 2006: 225.

⁵⁴ 1994: 597 (definición); 553.

⁵⁵ Spiegel, 1990 : 310.

⁵⁶ Ibíd, 309.

VII. Momento uno de la separación: los Principios de David Ricardo.

La aparición de los *Principios de economía política* (1817) de David Ricardo supone el primer gran momento de separación entre economía y filosofía. Aún a riesgo de caer en un argumento circular, es la propia obra de Ricardo la que marca la línea divisoria respecto de la cual se puede decir de los *Principios* lo que todavía no se podía afirmar de la *Aritmética política* de Petty: la economía se convierte en una disciplina autónoma.

Ricardo escribe sobre el palimpsesto de sus antecesores, Smith y Malthus, manteniendo un fructífero debate con éste último. Pero su visión de las cosas, su CDM, difiere de la de ambos. En primer lugar, él procedía del mundo de las finanzas, sin otra conexión con el mundo del pensamiento que su amistad con James Mill (1773-1836), y los problemas que le movían a escribir eran de índole más práctica. La Inglaterra industrial, que apenas despegaba en tiempos de Smith era ya una realidad imparable cuatro décadas más tarde. Su fuerza chocaba con los intereses de la agricultura, y los efectos de las guerras napoleónicas sobre la economía inglesa avivaron el debate, en un país dominado políticamente por los grandes propietarios agrarios. Ricardo se alió políticamente con la burguesía industrial emergente, hasta el punto de que su propia forma de hacer economía se propuso respaldar las políticas liberales (librecambistas en comercio exterior) que entendía más favorecían la acumulación, y con ella el desarrollo económico⁵⁷.

Desde esta perspectiva, Ricardo se dedicó a analizar los problemas prácticos de funcionamiento del sistema económico, con una finalidad política de fondo, y sin atisbo de preocupación filosófica en su orden de prioridades. Tanto es así que Spiegel considera que efectivamente con Ricardo la economía política dejó de ser filosófica y se volvió autónoma⁵⁸. Bien entendido que, cuando decimos que en Ricardo desapareció la filosofía de su argumentación debemos interpretar, en línea con Althusser, que fueron las filosofías y filósofos concretos las que brillaron por su ausencia. Porque en el fondo, aunque Ricardo no se molestara inicialmente en explicitarla, subyacía una filosofía del método científico. Frente al recurso empírico a la historia como fuente para el conocimiento económico, presente en Smith, Ricardo operó con un método deductivo basado en la lógica y la abstracción. En carta a Malthus afirmaría más tarde que la economía política no trata sobre “la

⁵⁷ Roncaglia, 2006: 248 y 254.

⁵⁸ 1990: 371.

investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones”, como reza verdaderamente el título de la obra de Smith, sino de la “investigación de las leyes que determinan la división del producto...”⁵⁹.

Puede decirse que Ricardo abrió la puerta a un tipo de economía basada en una serie de supuestos o hipótesis reduccionistas, y a la construcción de modelos teóricos, tan frecuentemente practicada con posterioridad. Esta evidencia convierte a Ricardo en un pionero de la economía científica, aunque la tendencia a extraer conclusiones de política económica de modelos abstractos y restrictivos fuera bautizada por Schumpeter como el “vicio ricardiano”⁶⁰. Todo lo cual no supone considerar a Ricardo como el mesías de la ciencia económica separada de la filosofía por dos razones. Primero, porque tras él surgieron todavía importantes economistas-filósofos (Stuart Mill o Marx en su mismo siglo), y segundo porque, en cualquier caso, la mayor parte de los economistas asumieron que era preciso justificar la manera en que operaban a la hora de construir teorías. Además, nadie pone en duda que lo que David Ricardo hizo era todavía economía política y no análisis económico que, según hemos visto, marca para Schumpeter el punto de ruptura básico de la disciplina. En parte, la escasa incidencia de las matemáticas en la metodología ricardiana tiene mucho que ver en esa consideración.

Sin embargo, no conviene en ningún caso minimizar este primer gran momento de separación. La puerta del razonamiento lógico por la que penetró Ricardo iba a consolidar una tendencia que profundizaría más a lo largo del siglo XIX la autonomía de la ciencia económica. Dicha tendencia reflejaría el triunfo de la vía utilitarista inglesa sobre la ilustración histórica escocesa; un triunfo que se construyó sobre la fuerza de las universidades inglesas con su apuesta por las ciencias exactas, frente al des prestigio creciente de las escocesas y su énfasis en la filosofía moral. Aunque la carrera de Economía tardaría en consolidarse en Inglaterra, las pautas del pensamiento económico vendrían allí más marcadas por el modelo de hombre de negocios y político ricardiano que por el académico smithiano⁶¹. Asimismo, la metodología seguiría a Ricardo, hasta consagrarse con Stuart Mill la idea de que la economía ha de constituirse como una ciencia a priori, alejada de los planteamientos empíristas de Hume y Smith⁶². De hecho, medio siglo más tarde el principal nexo de unión vigente entre Smith y los economistas ingleses del XIX (todos ellos “clásicos”), no era otro que el liberalismo (libertad económica y confianza en uno mismo)⁶³.

De todos modos, las décadas que siguieron a Ricardo no sólo no advirtieron una mayor profundización de la autonomía científica de la economía, sino una cierta vuelta a destacar su

⁵⁹ Méndez, 2007: 160.

⁶⁰ Perdices de Blas, 2003: 137-8.

⁶¹ Spiegel, 1990: 343 y ss.

⁶² Méndez, 2007: 163.

⁶³ Spiegel, 1990: 345.

conexión con el pensamiento filosófico de altura.

VIII. La relación se reanuda: Bentham y Stuart Mill.

A lo largo del siglo XIX aparecieron tres tipos de respuesta al pensamiento económico clásico de Adam Smith, Robert Malthus o David Ricardo: la escuela histórica, el socialismo y la utilidad marginal. Las dos primeras marcarían la disidencia respecto del eje fundamental que tomaría la disciplina, dando lugar a la llamada economía heterodoxa. Claramente en la escuela histórica, y al menos en la rama del socialismo científico, la influencia filosófica (en especial de Hegel) fue notable y expresamente aceptada por sus practicantes⁶⁴. Tampoco faltaría el sustrato filosófico en el utilitarismo, punto de conexión entre la escuela clásica y la neoclásica, razón por la cual pasamos a abordarla brevemente.

El filósofo Jeremy Bentham tiene un papel no menor en la historia del pensamiento económico, tanto por anticipar la “revolución marginalista”, como por haber diseñado un concepto de homo economicus mucho menos complejo que el que definiera Smith⁶⁵. Lo que no es óbice para que Schumpeter desacredite su influencia, inclusive dentro de la propia rama utilitarista, ya que su forma de hacer economía habría diferido de la de sus seguidores. En realidad, el economista austriaco no encuentra mucha relación entre las proposiciones económicas y la doctrina filosófica de los utilitaristas⁶⁶. Afirmación, por lo demás, no respaldada por la historiografía del pensamiento económico posterior.

Así, las huellas filosóficas del utilitarismo benthamita se hunden en el sensualismo racionalista del dieciocho francés, del cual extraería Bentham una visión unidimensional del ser humano que influiría en James Mill, también afín a las ideas de la Ilustración francesa⁶⁷. Bentham siguió el racionalismo de Helvecio, en oposición a la escuela escocesa de Hume y Smith, donde dicho autor no fue bien recibido⁶⁸. Esta oposición a la corriente escocesa se explica en buena medida por la distinta CDM althusseriana de Bentham.

Bentham era un reformador y estudioso de las leyes, y por ello su idea del laissez faire incluía expresamente la acción gubernamental como un “mal necesario” para armonizar artificialmente los intereses contrapuestos de los individuos. Así pues, no parece haber suscrito ni el liberalismo económico más ortodoxo, ni la doctrina newtoniana de una armonía natural. En

⁶⁴ Cfr Guerrero, 1997: 55 y 78. Para la influencia de Hegel en el Historicismo alemán cfr Spiegel, 1990: 485-6. Para la influencia hegeliana en Marx cfr ibíd., 539-41.

⁶⁵ Roncaglia, 2006:238.

⁶⁶ Schumpeter, 1994: 505.

⁶⁷ Roncaglia, 2006: 240; Bedogni, 2007; Schumpeter, 1994: 504.

⁶⁸ Ricossa, 2010: 67.

cambio sí puede relacionarse su objetivo (plenamente realizable en su opinión) del “sumo bien” o la máxima felicidad para el mayor número de personas con el optimismo de la Modernidad. Para lo cual es preciso que la “ciencia económica” que práctica tenga como objetivo último medidas de política económica⁶⁹. Teoría y praxis política como elementos inevitablemente entrelazados, que compartiría, aunque con matices importantes, John Stuart Mill.

Desde ópticas diversas podemos considerar a John Stuart Mill (1806-73) el final de una raza de pensadores económicos. No sólo es el último de los grandes economistas clásicos, sino también el último en hacer economía desde la filosofía. Crítico con la economía clásica y bebiendo de fuentes filosóficas diferentes, Marx sería su único acompañante en esta especie en extinción. Muertos ambos, la economía política apenas les sobreviviría.

Valorar el papel que jugó Stuart Mill en el proceso que estamos abordando no es nada fácil. En parte por lo complicado de encasillarle intelectualmente, que él resumía reconociéndose “un místico para los utilitarios, un utilitario para los místicos, un sentimental para los lógicos y un lógico para los sentimentales”. Esta ambivalencia se advierte también en su práctica de la economía teórica, que tiene bastante del pasado pero, al mismo tiempo, parece anunciar el inmediato futuro. Quizá fuese un filósofo posterior a él, Bertrand Russel, el que mejor definiera la situación intelectual de Mill: “fue poco afortunado con su fecha de nacimiento. Sus predecesores fueron pioneros en una dirección y sus sucesores en otra”⁷⁰.

Por una parte, frente a la opinión de Schumpeter de que todas las convicciones filosóficas millianas afectaron mucho a su pensamiento general y nada a su quehacer económico, sí parece haber permeado la filosofía sus trabajos económicos. En Stuart Mill las reflexiones económicas son efectivamente el reflejo de su forma de pensar como filósofo social, en especial acerca de la posición del hombre en la sociedad y en el universo. En línea con la tradición escocesa de Smith, la economía es una ciencia moral preocupada por conocer las leyes de la mente. Aquí Mill distingue entre ciencias morales y ciencias naturales, siendo las últimas las que se ocupan de las leyes de la materia, y que los economistas han de tomar como datos en sus investigaciones⁷¹.

Por otro lado, su delimitación del ámbito de la economía política obvia que la misma pueda entender de algo más que no sea cómo lograr una mayor riqueza⁷². Bajo el influjo del positivismo de Auguste Comte, la economía política es para Stuart Mill un conjunto de verdades positivas, antes que una serie de reglas normativas, aun cuando éstas se deriven de aquellas. La propia concepción milliana del homo economicus como tipo ideal refleja su

⁶⁹ Spiegel, 1990: 403-4.

⁷⁰ Ibíd, 463. La frase de Mill corresponde a Spiegel, aunque parece casi textual.

⁷¹ Ibíd., 447.

⁷² “No trata del conjunto de la naturaleza humana como modificada por el estado social, ni de toda la conducta del hombre en sociedad. Tiene que ver con el hombre solamente como un ser que desea poseer riqueza y que es capaz de juzgar comparativamente la eficacia de los medios para obtener ese fin” (*Sobre la definición de la Economía Política*, 1836) en Bedogni, 2007: 79-80.

consideración de la economía política como una ciencia abstracta compuesta por leyes tendenciales que describirían regularidades de hechos⁷³. No por casualidad, se considera a Stuart Mill como un adelantado del tipo de economía basada en hipótesis y modelos, no necesariamente reales sino confeccionados ad hoc, tan habitual en el siglo XX.

De nuevo es conveniente apreciar la CDM que poseía Stuart Mill para entender mejor sus aportaciones económicas. Es bien sabido que recibió una formación clásica-humanista muy intensa, y que vivió su adolescencia y primera juventud en el seno de la tradición de pensamiento económico muy influida por la filosofía, que representaban Bentham y su padre. Pero ya en su juventud el influjo de los avances técnicos y científicos, cada vez más relevantes en su época, le inspiró una fe en el progreso humano que desembocó en su interés por el positivismo de Auguste Comte⁷⁴. Al seguir la filosofía positivista, Mill adoptaba la FEC que, según Althusser, dominó el conjunto de la ciencia durante el siglo XIX⁷⁵.

En todo caso, Stuart Mill no se limitó a aplicar el método positivo sin más, como tampoco siguió fielmente el utilitarismo de su maestro Bentham. El influjo del romanticismo en el que vivió le llevó a ser un racionalista muy matizado por la fuerza de los sentimientos y los contextos nacionales concretos en los que ocurren los hechos; de este modo, el método deductivo se habría de complementar con su “ciencia del carácter” o etología, que años más tarde recuperaría el economista neoclásico Marshall. Al final, esta ambivalencia milliana le separó de unos y de otros. Los economistas históricos alemanes lo rechazaron por su énfasis en la abstracción, y para el primer gran revolucionario del marginalismo, Jevons, sólo fue un “mal lógico”⁷⁶.

Stuart Mill entendía que la cultura filosófica-humanística y la científico-técnica no entraban en contradicción, ya que según el concepto comteano de “consenso” y su interdependencia de todos los fenómenos sociales, explicar, tanto como dar solución a una cuestión social, requería una labor multidisciplinar. Por eso mismo, nunca creyó que la economía política pudiera dictar por sí sola las medidas concretas de política económica⁷⁷. Y tal vez sea esa misma razón la que ponga en duda el carácter científico de su labor. Althusser en el primero de sus cursos es muy crítico con la interdisciplinariedad de las disciplinas sociales y humanas como un medio para alcanzar el status científico del que carecen⁷⁸.

⁷³ Roncaglia, 2006: 316.

⁷⁴ Spiegel, 1990: 434-5 y 449. Curiosamente, Comte no veía nada de valor en la economía, considerándola más una rama de la metafísica que una ciencia verdadera; ibíd., 450.

⁷⁵ 1975 : 112.

⁷⁶ Spiegel, 1990: 438 y 463. La referencia a la etología y Marshall en Roncaglia, 2006. 477.

⁷⁷ Ibíd, 448-50.

⁷⁸ 1975. 47-48. “Salvo en algunos casos muy concretos, por lo general técnicos, (...) la interdisciplinariedad no es más que una actividad mágica, sierva de una ideología...”

En este sentido, la herencia principal que Stuart Mill dejó en el palimpsesto de la historia del saber económico vino más marcada por una obra filosófica, su *Lógica* (1843) que por sus *Principios de economía política* de 1848. Como ocurriera con Smith y su *Teoría de los sentimientos morales*, Mill trabajó en su *Lógica* antes y después de publicar sus *Principios*. Schumpeter considera la *Lógica* milliana como la obra epistemológica de referencia para los economistas, en especial, el capítulo sexto que trata sobre las lógicas de las ciencias morales, aunque concluye que su trasposición de los métodos de la física a las ciencias sociales fue bastante inofensivo⁷⁹.

Inofensivo o no, lo cierto es que Stuart Mill es un eslabón importante en la manera de hacer economía entre los pensadores clásicos, acabando en él mismo, y los marginalistas o neoclásicos, empezando por William Stanley Jevons y siguiendo por Keynes padre, tal y como muestra la sentencia de Schumpeter: “Jevons suena a nuevo y es estimulante cuando dice trivialidades, mientras que Mill no sabe nunca a fresco ni a estimulante, ni siquiera cuando enuncia sabiduría valiosa. (...) Pero por lo que hace al libro VI (de su *Lógica*), aunque no contiene nada que no haya sido dicho mejor más tarde –por ejemplo por el viejo Keynes– formularé, para terminar, el consejo de leerlo.”⁸⁰ A partir de aquí, la aparición del marginalismo se apoyaría en el positivismo lógico para transformar el pensamiento económico en análisis.

IX. Segundo momento de la separación: la revolución marginalista.

La “revolución marginalista”⁸¹ que en la década de 1870 iba a sacudir los cimientos del pensamiento económico clásico constituye el segundo gran momento del divorcio entre economía y filosofía, iniciando un camino que certificaría el mencionado paso schumpeteriano del “pensamiento económico” al “análisis económico”, o lo que es lo mismo a la “economía científica”.

Para apreciar el significado de este cambio, e inscribirlo en cierta continuidad con el epígrafe anterior, podemos recurrir nuevamente a las afirmaciones de Althusser. Durante su primer curso, el filósofo francés advierte que, como disciplina, la lógica se ha transformado en lógica matemática, esto es una rama de las matemáticas, y por tanto independiente de la filosofía. Y añade que “como tal disciplina científica funciona preferentemente en las ciencias humanas”⁸². De manera muy aproximada, este fue el proceso que experimentó la ciencia económica del último cuarto del siglo XIX.

⁷⁹ 1994: 509.y 591.

⁸⁰ Ibíd., 510.

⁸¹ La denominación de “marginalistas” procede de su énfasis en el concepto de “marginal” aplicado a numerosos conceptos económicos (valor, coste, utilidad...) y que está muy relacionado con el concepto matemático de la elasticidad. Aunque no todos los neoclásicos fueron marginalistas estrictos, ambos términos se suelen emplear como sinónimos.

⁸² 1975: 37-8.

Sin duda, la fagocitación de la teoría económica por los métodos matemáticos no fue fruto de un brote asociado a una coyuntura, sino un desarrollo progresivo que se puede remontar a la citada “aritmética política” de William Petty, momento cero del abandono filosófico de la economía. En la ilustración francesa, el marqués de Condorcet también insistió en aplicar el cálculo matemático a las ciencias sociales, dada la existencia de una serie de relaciones cuantitativas o leyes entre los aspectos a estudio⁸³. Pero sólo en la segunda mitad del siglo XIX surgieron economistas decididos a matrimoniar la disciplina con las matemáticas, de modo que la economía política pasase a ser economía matemática. En este particular, Antoine Agustin Cournot (1801-77) constituyó el primer intento sistemático de convertir la economía en un conjunto de proposiciones generales con ayuda de la matemática, y no sólo operaciones estadísticas, funcionales para comprobar determinados aspectos, tan propias del cálculo económico precedente⁸⁴.

Aunque Cournot introdujo en la literatura económica toda una serie de conceptos muy habituales en el quehacer económico posterior (funciones y curvas de demanda...), no era ni mucho menos un pensador desconectado de la filosofía. La FEC con la que teorizó estaba influida por una tradición filosófica racionalista que se remontaba a la geometría analítica cartesiana y su sistema de coordenadas⁸⁵. También se dijo discípulo de Kant a la hora de separar el conocimiento económico de la moral y la religión, mediante la ley de los grandes números que toma su modelo de la física. En los sucesores de Cournot, en especial uno de los grandes pioneros del marginalismo, el suizo Leon Walras (1834-1910) esa FEC se transformará en la justificación para construir una “economía política pura”, en la que las referencias filosóficas de fondo desaparecen tras el telón de una ciencia a semejanza de las exactas⁸⁶.

El progreso de dichas ciencias, en buena medida gracias a la aplicación de las matemáticas, invadió el ámbito de las ciencias sociales, y en especial de la economía. En términos althusserianos lo que ocurrió fue que, el dominio de una ciencia (la física en este caso) sobre el resto, determinó la imposición de “su propia práctica como la práctica científica tipo”⁸⁷. Pero en términos de justificación filosófica de dicha adopción metodológica fue el razonamiento lógico el que ejerció el papel clave.

El máximo exponente de esta tendencia fue William Stanley Jevons (1835-82) que, en palabras de la principal economista del siglo XX, Joan Robinson (1903-1983), “llevó al tren de la economía a una línea circular sobre la que (...) gira en redondo”⁸⁸. Cuando Jevons llegó al

⁸³ Roncaglia, 2006: 383. Naredo cita su discurso de entrada en la Academia Francesa en 1782 como ejemplo de su ansia de aunar las ciencias físicas y las morales (1996:58).

⁸⁴ Spiegel, 1990 : 593.

⁸⁵ Roncaglia, 2006: 377.

⁸⁶ *Tratado del encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias y en la historia*, 1861. Cfr Naredo, 1996: 63.

⁸⁷ 1975 :111.

⁸⁸ Ricossa, 2006: 170.

estudio de la economía política, su bagaje era el de un científico (había estudiado matemáticas y química), aunque creyó reconocer en el utilitarismo de Bentham la teoría económica fundamental. Combinando ambos saberes, si el objetivo era determinar la utilidad de algo calculando el placer obtenido mediante la mínima variación de las cantidades empleadas, las matemáticas eran el instrumental adecuado. Jevons estaba convencido de que la aplicación del razonamiento matemático a la economía produciría efectos positivos semejantes a los que había observado en la física y en la química⁸⁹.

Sin embargo, no debemos concluir que fueron las matemáticas las que se pusieron al servicio de la filosofía utilitarista, sino más bien al contrario. Ya en 1871 Jevons sentencia que “nuestra teoría (económica) debe ser matemática, simplemente porque trata con cantidades”. Precisamente, Roncaglia apunta que fue el empeño jevosiano en “formular la economía como una ciencia matemática” la que le condujo a servirse del utilitarismo, cuyo ser unidimensional le resultaba mucho más manejable⁹⁰. Mary Morgan también enfatiza en Jevons la sumisión de los conceptos a la matemática, algo que no ocurrió en Bentham, quien no pasó de usar metáforas matemáticas como el “cálculo felicífico”. El discípulo irlandés de Jevons, Francis Ysidro Edgeworth (1845-1926) mostró a las claras el papel instrumental que esta filosofía de fondo cumplía para consolidar a las matemáticas como la metodología esencial: “la concepción del hombre como una máquina de placer puede justificar y facilitar el empleo de términos mecánicos y el razonamiento matemático en la ciencia social”⁹¹. Décadas más tarde a juicio de Schumpeter, la conexión entre utilitarismo y economía era normal en Bentham y Stuart Mill como “protectores filosóficos de la economía” que eran, y aunque fue aceptada por economistas posteriores como Jevons o Edgeworth, “no era necesaria ni útil”⁹².

La obra de Jevons marca el punto de tránsito, apenas perceptible todavía, desde la economía política de los clásicos al análisis económico de los neoclásicos. Por lo tanto, este es un momento crucial en la separación de economía y filosofía. Crucial, pero no definitivo, porque, tal y como hemos anticipado, la puerta a través de la cual penetró el método matemático en la economía política jevonsiana no fue otro que la lógica. Claro está que para Jevons la lógica era una forma de hacer ciencia, como lo prueba su creación, la “máquina lógica”, antecesora de la computadora moderna. Pero también es cierto que antes de ser profesor de Economía política a secas en Londres fue profesor en Manchester de Lógica, Filosofía mental y moral y Economía política, y sus trabajos sobre lógica sirvieron como manuales para generaciones de estudiantes británicos.⁹³. De modo que la filosofía no estuvo del todo ausente en su formación. Sabemos por ejemplo, que estudió la lógica de Kant, ya

⁸⁹ Spiegel, 1990:

⁹⁰ 2006: 387 y 389.

⁹¹ 2006: 11-12.

⁹² 1994 : 464-465.

⁹³ Spiegel, 1990:600-1.

que él mismo lo cataloga en su *Teoría de la economía política* como su “único logro en literatura alemana”⁹⁴.

Por lo tanto, ciertos anclajes filosóficos seguían estando presentes todavía en la “revolución marginalista”. Donde más se evidenció esta influencia filosófica fue en la escuela austriaca que fundara Carl Menger (1840-1921). Frente a la vertiente hegeliana que siguió la escuela histórica en Alemania, el ambiente intelectual en la Austria imperial se vio más influido por la tradición kantiana. De ahí que sea habitual relacionar la influencia neo-kantiana con el desarrollo de la teoría subjetiva del valor que defendió la escuela austriaca, tanto que le ha valido incluso el calificativo de la “escuela psicológica”⁹⁵.

Esa influencia filosófica fue deudora también de una CDM particular, la visión del fragmentado mundo del Imperio Austrohúngaro. Spiegel destaca cómo las tendencias centrífugas del Imperio, habrían favorecido en la escuela austriaca una búsqueda de aquello común a todos los hombres, formulando principios abstractos de validez universal⁹⁶. Frente al carácter grupal de los nacionalismos que amenazaban al Imperio, dicha escuela habría apostado también por el individualismo como principio metodológico básico. Por último, frente al romanticismo antiliberal que propugnaba el nacionalismo, los economistas austriacos enarbolaron por bandera el *laissez faire*. Aunque no siguieron los dogmas utilitaristas, John Stuart Mill fue un autor muy relevante (sobre todo por su afán teorizante y su defensa de la libertad individual) en el ambiente intelectual de la escuela austriaca⁹⁷.

En cambio, no compartieron con las otras dos ramas del marginalismo su entusiasmo por el instrumental matemático. La escuela de Lausana, con el ya citado Walras a la cabeza y su seguidor Wilfredo Pareto (1848-1923) sí defendieron el uso y abuso de las matemáticas en la práctica de la economía. En Walras el empleo de las matemáticas como un medio para alcanzar el conocimiento científico verdadero siguió la tradición cartesiana, presente ya en su maestro Cournot. Pero la influencia no fue sólo ni principalmente filosófica, ya que su mayor legado al palimpsesto económico, la teoría del equilibrio económico general, debe mucho al físico Louis Poinsot y su teoría del equilibrio estático⁹⁸.

Al respecto es significativo señalar que su plan de investigación económico original respondía a la distinción aguda que hacía Walras entre el ámbito de la “economía pura” y el de la “economía aplicada”. Una primera parte del análisis correspondía a las “leyes del intercambio”, objeto de la economía pura, y que seguirían el modelo de la física. Una segunda se ocuparía de la producción de riqueza, objeto de la economía aplicada, para lo cual recurriría a

⁹⁴ Prólogo, 1998.

⁹⁵ Perdices, 2003: 335. Spiegel, 1990: 618. El cambio es significativo por cuanto la economía pasa a ser una ciencia que se basa en el comportamiento de los individuos económicos.

⁹⁶ Ibíd., 619-20.

⁹⁷ Ibíd., 619.

⁹⁸ Roncaglia, 2006: 437 y 433.

las ciencias sociales. Por último, los aspectos distributivos caerían dentro la llamada esfera de la “economía social”, de la que se ocuparía la filosofía. Teniendo en cuenta que en la edición definitiva de sus *Elementos de economía política pura* (1926), la parte atribuida a la filosofía se reducía a definir “economía social” en la *Introducción*, parece claro el lugar que iba reservando el análisis económico al pensamiento filosófico a finales del siglo XIX⁹⁹.

En la senda que iba a seguir ahondando la separación entre economía y filosofía, Walras aportó, más que su empeño en construir un corpus teórico sistemático, el conducir la disciplina al campo de batalla de los matemáticos. Aunque el culmen de esta tendencia ocurriría una década después de su muerte, el proceso que convirtió la vieja economía política en el nuevo análisis económico debería mucho al concepto de equilibrio económico general walrasiano.

En el palimpsesto del pensamiento económico, la idea del funcionamiento de la economía de mercado como un sistema autorregulado tendente al equilibrio ya estaba presente en Smith, quien habla metafóricamente de la “gravitación” newtoniana para hacer coincidir el precio de mercado con el precio natural. No obstante esta idea del equilibrio se encontraba más próxima a la creencia en las leyes de la naturaleza del racionalismo cartesiano que a la forma de pensar de la ilustración escocesa¹⁰⁰. De ahí que para Walras, inmerso en esa tradición racionalista, adoptar dicha idea no supusiese conflicto intelectual alguno.

La propia CDM había variado significativamente en las pocas décadas que separan el trabajo de Stuart Mill del de Jevons o Walras. Economistas clásicos como Smith o Stuart Mill entendieron la indagación sobre los asuntos económicos desde una perspectiva holística e interdisciplinar en el que las ciencias habían de convivir con la política o la filosofía moral¹⁰¹. Apreciaban la complejidad de los fenómenos a estudio, y como tal eludieron las voces de sirena que proponían ya en su época recurrir a las matemáticas para encontrar todas las respuestas. Pero en el último cuarto del siglo XIX la creciente compartmentación de las disciplinas llevó cada vez más a los economistas a buscar la diferenciación de su materia de la de otras ciencias sociales, siendo los caminos escogidos la teorización a partir de hipótesis restrictivas y el empleo de las matemáticas. Llegado un punto, la ciencia económica demandaba sumergirse en la práctica de la ciencia (el Elemento 1 de la FEC althusseriana), aún a costa de hacer caer a sus practicantes en contradicciones flagrantes con su particular forma de entender el mundo. Walras sería un buen exponente de ello¹⁰².

El desarrollo acelerado del capitalismo industrial con sus desafíos constantes, y la propia

⁹⁹ Ibid, 435.

¹⁰⁰ Roncaglia, 2006: 157-8.

¹⁰¹ Perdices de Blas, 2003: 296-7.

¹⁰² Walras, reformador social de corte progresista, tuvo que asistir a esta crítica de su viejo maestro Cournot al recibir sus *Elementos de economía*: “mucho me temo que sus curvas de utilidad le lleven sólo a un puro laissez faire, es decir, en la economía interior a una tierra despojada de sus bosques y en la economía internacional a la subyugación de los pueblos corrientes por uno privilegiado, siguiendo la teoría de Darwin”. Cit.en Spiegel,1990: 644.

supervivencia de la disciplina como un sistema de conocimiento (científicos) cada vez más independiente, coincidieron en un punto a caballo entre los siglos XIX y XX, propiciando una separación casi completa de las esferas althusserianas de la ciencia y la filosofía. En este particular, Alfred Marshall fue una personalidad muy destacada, en lo que consideramos el tercer gran momento de separación de economía y filosofía.

X. Tercer momento de separación: la economía se vuelve profesión con Marshall.

Alfred Marshall (1842-1924) supone un personaje clave, tanto en el general de la historia de la disciplina económica, como en el particular que nos ocupa en este trabajo. A partir de su trabajo la ortodoxia quedaría definida, más allá de los economistas clásicos, por el marginalismo, rebautizado como “economía neoclásica”. También con él, la Economía adquirirá el estatus de profesión independiente de otras ramas del conocimiento, perdiendo el adjetivo “política” que le había acompañado desde el siglo XVIII.

De cualquier manera, su contribución al distanciamiento entre economía y filosofía es controvertida. Pese a ser las Matemáticas su formación y profesión antes de llegar a la economía, no consideró que hubiese que privilegiar esa herramienta en los trabajos económicos. De hecho, relegó todo el aparataje matemático a los apéndices y notas de sus obras¹⁰³. No era capaz de contentarse con la mera abstracción de los números, porque Marshall había llegado a la economía buscando respuestas a su preocupación por la pobreza en la Inglaterra de su tiempo. Primero estudio metafísica, y después ética, pero se convenció de que “no era nada fácil dar una explicación de la situación social existente”. Tras una recomendación de un amigo decidió leer los *Principios* de John Stuart Mill, que le entusiasmaron: “El resultado fue que decidí embarcarme en el estudio, tan a fondo como me fuese posible, de la Economía política”. Con veinticinco años lee a Adam Smith y ya no abandona la disciplina, aunque su propósito inicial no fuera otro que saber lo suficiente para rebatir a los enemigos (hombres de negocio, concreta) que habían despreciado sus consideraciones acerca de la pobreza y la desigualdad¹⁰⁴.

En Marshall tenemos, por tanto, otro economista muy familiarizado con los estudios filosóficos. En los *Ensayos biográficos* de Maynard Keynes se afirma que consideraba a Kant como guía y único hombre al que veneró. Y lo cierto es que, con veintiséis años recorrió Alemania movido por su pasión kantiana y metafísica, aunque el resultado del viaje le acercase más a las teorías económicas, siendo el viejo Wilhelm Roscher (1817-1894), representante de la

¹⁰³ Al agradecer una nueva versión de los *Elementos* de Walras sentenció: “el lugar adecuado para las matemáticas en un tratado sobre Economía política es donde menos se vean”. Ibíd., 643.

¹⁰⁴ Pérdices, 2003: 369-70. Spiegel, 1990: 654.

escuela económica histórica uno de sus principales contactos¹⁰⁵. Contacto que quizá le condujo a Hegel, de quien dice Marshall en el prólogo a su obra principal (los *Principios de economía*) haber incidido en la “sustancia” de sus opiniones económicas. Schumpeter, siempre atento a descalificar cualquier herencia filosófica en un gran economista, niega que se pueda descubrir en todo el análisis económico marshalliano verdadera influencia hegeliana; y si Marshall así lo creía al emplear términos hegelianos originales (*das Werden* o *das Sein*), entonces es que “no entendió jamás a Hegel¹⁰⁶”. Otros comentaristas de la obra de Marshall son de la misma opinión; por ejemplo Talcott Parsons sentenció en 1932: “Cogió de Hegel únicamente aquello que se acoplaba a sus propios puntos de partida”. Haciéndose eco de esta afirmación, Hodgson discute la concepción organicista de la economía que se supone defendía Marshall, lamentando que fuese el mecanicismo lo que acabará prevaleciendo de su obra¹⁰⁷.

Sea como fuere, el punto esencial que nos lleva a considerar a Marshall el tercer momento en la separación entre economía y filosofía no tiene tanto que ver con su producción teórica, cuanto con la orientación que le dio a la profesionalización de la materia. Siendo el segundo en ocupar la primera cátedra retribuida de Economía, en Cambridge, 1885, se propuso que la misma obtuviese su propio curso de laurea, pues entonces formaba parte de uno más amplio de ciencias morales. Las clases de economía que el propio Marshall había dado antes de acceder a la cátedra a una serie de alumnas (entre las que figuraba su futura esposa y gran contribuidora a sus escritos, Mary Palley) eran poco más que lecciones de conducta cívica, mientras ocupaba la primera cátedra de Economía Henry Sidgwick, profesor de filosofía moral. Finalmente, en 1903 la Economía logró su curso de laurea independiente, y a partir de ahí el prestigio de Marshall, de la escuela económica de Cambridge y de la carrera de Economía no pararía de crecer¹⁰⁸.

Aunque Marshall se propuso continuar el legado de la tradición económica clásica, leyendo en el palimpsesto económico bastante más atrás que sus inmediatos predecesores (e.g. Jevons), lo cierto es que a su muerte, la economía, que ni era ya política, ni clásica (sino neoclásica) se aproximaba bastante más al modelo de las ciencias naturales, quedando confiada a profesionales especializados. A todo ello contribuyó, por un lado, dos patrocinios expresos de Marshall: la creación en 1890 de la *British Economic Association* y la publicación del *Economic Journal* ese mismo año¹⁰⁹. Por otro, y de manera muy destacada, la decisión sobre la formación específica que debía recibir el economista.

¹⁰⁵ Perdices, 2006: 370. Naredo (1996: 219) relaciona en cambio la teoría económica marshalliana con los principios cartesianos del análisis parcelario, contraponiendo afirmaciones del *Discurso del método* con afirmaciones de metodología económica de Marshall. Aunque el parecido es indudable, lo cierto es que Marshall no menciona a Descartes por ningún lado.

¹⁰⁶ 1994: 856.

¹⁰⁷ 1995: 151-3. Hodgson aprecia en Herbert Spencer y su ontología atomística la mayor referencia intelectual de los *Principios marshallianos*. (ibid, 157-158).

¹⁰⁸ Ricossa, 2010: 103-4.. Roncaglia, 2006: 482

¹⁰⁹ Spiegel, 1990: 655. Roncaglia 2006: 483.

Todo el entusiasmo que despertara en su juventud la lectura de Kant y Hegel no le impidió apreciar que la formación filosófica era peor que innecesaria para el economista. Por ejemplo, se quejó a su amigo Neville Keynes del peso abrumador otorgado a la Filosofía en el tercer año de carrera, dentro del syllabus en Economía diseñado por Sidgwick. En una ocasión llegó a afirmar de un académico, Jenkyn Jones: “por supuesto conoce la economía como una rama de la filosofía, por lo que, ¡no sabe nada de ella!”¹¹⁰.

La opción de Marshall respondía a un estado de la cuestión del conocimiento económico generalmente aceptado (una CDM), que exemplifica mejor que nadie el caso de Bertrand Russell. Cuando en 1894 y 1895 Russell consideró seriamente estudiar Economía en Berlín, el psicólogo y filósofo James Ward le desanimó diciendo que no había nada filosófico que hacer con la economía¹¹¹. Aunque es posible que lo que animase a Russell a probar suerte en la Economía fuese la conexión entre pensamiento económico y matemática. Porque, pese a las prevenciones de Marshall contra el abuso de las matemáticas en la teoría económica, lo cierto es que la formación matemática se convirtió en el principal garante de una beca o un acceso más sencillo a la carrera profesional de economista en Cambridge. En un momento en el que la economía se enfrentaba a graves dilemas para avanzar como fuente de conocimiento fiable, en el que los postulados clásicos (como la teoría del valor) estaban en cuestión, y en que muerto Stuart Mill faltaba una figura de suficiente calibre para tomar el relevo, Marshall tuvo claro que la disciplina requería de un cuerpo teórico basado en la analítica más avanzada, a practicar como currículum independiente en las principales universidades¹¹².

En ese currículum, las matemáticas, como puerta de entrada a la sofisticación analítica perseguida, y no la filosofía, pavimentaron la senda por la que habría de discurrir en el futuro la teoría económica. A la altura de la Primera Guerra Mundial, la economía neoclásica adoctrinaba a los estudiantes de la nueva carrera de Economía en sus conceptos y metodologías, ya que no otra sino ella había sido la encargada de poner en marcha dicha formación. Los propios manuales económicos (destacadamente la considerada “vulgata marshalliana”) que fueron difundiéndose por las universidades de medio mundo se encargaron de reforzar esa preferencia matemática. Cecil Pigou (1877-1959), principal discípulo de Marshall, tuvo mucho que ver en esta orientación tomando el camino que facilitaba una analítica más precisa, aunque se alejase de la complejidad del mundo real. Si los *Principios* de Marshall adolecían (intencionadamente) de los gráficos y apéndices matemáticos necesarios para ganar en precisión, su joven discípulo supuso un paso adelante, por cuanto su profuso empleo de gráficos y fórmulas matemáticas se trasladaría ya a los manuales de la disciplina¹¹³.

¹¹⁰ Maloney, 1991: 42-3.

¹¹¹ Ibid, 58.

¹¹² Maloney, 1991: 236.

¹¹³ Roncaglia, 2006. 480, 486 y 498.

Todo este proceso que vivió la economía encuentra relación también con una de las afirmaciones de Althusser en su *Curso de filosofía*. En concreto aquella según la cual, la enseñanza de las ciencias se convierte siempre en un “saber-hacer”, esto es, en un “saber-cómo-comportarse-ante-este-saber”, una actitud ante ese saber que conlleva “una determinada visión del lugar de la ciencia en la sociedad (...) y en una determinada visión del papel de los intelectuales, especializados en el conocimiento científico”¹¹⁴. En este sentido, la culturización científico-matemática que llevaron a cabo insignes economistas académicos de principios del siglo XX respondió a una escala de valores intelectuales en la sociedad que primaba a las ciencias exactas frente a las disciplinas sociales y humanísticas. Una consecuencia añadida de convertir la teoría económica en una materia objeto de discusión por matemáticos y no por filósofos, fue que el propio campo de debate reservado para la filosofía acerca de la economía ya no fuese, como en tiempos de Smith o Stuart Mill, todo un conjunto de subdisciplinas filosóficas (desde la ética hasta la política, pasando por la lógica), sino sólo el estrecho campo de juego de la filosofía de la ciencia.

XI. Cuarto momento de separación: los matemáticos toman la disciplina.

Schumpeter considera la publicación de los *Principios* de Marshall en 1908, primera gran obra económica sin el apellido “política” el momento fundacional de la “economía científica”, o si se quiere, del paso del pensamiento económico al análisis económico¹¹⁵. Sin embargo, hemos comprobado como en Marshall el divorcio de la filosofía (de las filosofías) tampoco resultó definitivo. Si hemos de buscar un momento en el cual la separación fue completa, ese se produjo con la introducción de la axiomática en la Economía. Alexander Rosenberg relata dicho proceso¹¹⁶.

Walras dejó plantada la “Excalibur” del equilibrio general, no como un debate intelectual de fondo en torno al concepto, sino como una simple demostración matemática a realizar. El economista sueco Gustav Cassel (1866-1945), al reducir el complejo sistema de ecuaciones de equilibrio propuesto por Walras ofreció la posibilidad a la comunidad matemática de ser la que liberase la espada económica. Por si estos no se hubieran dado por enterados, en el marco de unos coloquios organizados en Viena por el matemático Karl Menger (por sintomático que parezca, hijo de Carl, el economista), el banquero Karl Schlesinger reclamaría a los matemáticos

¹¹⁴ 1975:44.

¹¹⁵ 1994: 57

¹¹⁶ 1994: 388-389. Rosenberg menciona diversas interpretaciones filosóficas hechas por los propios economistas de lo ocurrido en la disciplina desde finales del siglo XIX, como el platonismo observado por Lionel Robins o las verdades sintéticas a priori kantianas de Luwig von Mises. Sin embargo, acaba por concluir que la mayoría de los economistas se limitó a proponer y resolver teoremas sin otorgar consideración alguna al estatus cognitivo de la economía.

una solución definitiva al modelo walrasiano simplificado por Cassel¹¹⁷.

El rey Arturo de la economía como disciplina axiomática sería el matemático Abraham Wald, quien recogiendo el guante arrojado por Schlesinger, logró desentrañar el sistema de ecuaciones walrasiano-casseliano¹¹⁸. Un reinado que quizá debiera compartir con John von Neumann, quien introduciría el uso de la topología en la teoría económica, recibiendo por ello décadas después el Nobel de Economía. A partir de 1950, el nuevo “Camelot” económico entronizaría a nombres como Kenneth Arrow (n. 1921) y Gérard Debreu (1921-2004), cuyo modelo axiomático delimitaría la senda por la que habría de transcurrir toda la línea ortodoxa de la economía. Matemáticos de origen como Neumann, ambos recibirían como él el Nobel de Economía¹¹⁹.

La matemática y no la discusión filosófica fue la encargada a partir de entonces de solventar los obstáculos que presentaba el modelo neoclásico de equilibrio en competencia perfecta. Así, la necesidad de considerar casos de competencia imperfecta (como el monopolio o el oligopolio donde las decisiones de unos agentes sí influyen en las del resto) supuso la introducción de la teoría de juegos en la economía. El citado von Neumann junto a Oskar Morgenstern (1902-1977), paliaron las debilidades de los modelos de equilibrio de Walras-Pareto o Arroz-Debreu, permitiendo una mejor aproximación a la complejidad de los fenómenos sociales interrelacionados¹²⁰. Y todo esto apoyándose en el principio neoclásico de racionalidad individual utilitarista, que ninguno de estos autores se preocupó en cuestionar.

Resultaría tentador relacionar la esencia de la economía axiomática con el Wittgenstein del *Tractatus*, como si la ciencia económica se limitase a describir todo aquello que puede reducir a proposiciones racionales, pero su influencia intelectual no procedía de la filosofía. Por un lado fue una asociación de matemáticos franceses, conocidos por el sobrenombre de *Bourbaki* los que convencieron a Arrow y Debreu, de que los modelos eran un fin en sí mismos, basados en su propia coherencia lógica, y no un medio para realizar cálculos que se aproximan a la realidad¹²¹. Por otro, y muy relacionado con lo anterior, el formalismo matemático de David Hilbert, en boga durante el período de cambio paradigmático de la economía, otorgó patente de corso a los matemáticos para hacer economía sin la necesidad de tratar de aproximarse a la realidad de los hechos. La axiomática se constituía en un fin en sí mismo, mediante una serie de estructuras formales abstractas cuya fuerza iba a residir en la coherencia lógica entre sus

¹¹⁷ Ibid., 39.

¹¹⁸ Ibid., 40.

¹¹⁹ Roncaglia, 2006: 456-458. Por ejemplo, Debreu en su *Teoría del valor* (1959), transforma la larga discusión sobre el trasfondo conceptual de “valor”, que abrió desde Marx la senda de la economía heterodoxa, en un modelo matemático desconectado de referentes reales. Cfr Franco de los Ríos, 2005.

¹²⁰ Ibíd., 455.

¹²¹ Ibid., 460. En concreto la relación con Wittgenstein vendría de considerar a la economía axiomática como “todo lo que la realidad económica sea capaz de expresión científica”

supuestos de partida y sus conclusiones¹²².

La trampa en la que cae a partir de este momento la ciencia económica es doble. En primer lugar, como afirman Nagel y Newman, la razón no puede alcanzar por medio de la matemática la verdad, tal y como pretendía el racionalismo. Segundo, siguiendo la crítica de Mongin, en el momento en el que los conceptos económicos se convierten en objetos matemáticos, la interpretación de los mismos queda confinada a los límites del objeto científico a estudio. Siguiendo el formalismo de Hilbert y el grupo *Bourbaki* el juicio sobre los conceptos abstractos gana la apariencia de objetivo frente a cualquier intento de interpretación normativa¹²³.

Retornando a los planteamientos althusserianos podemos interpretar lo sucedido cuando la axiomática invadió el análisis económico. En las relaciones entre las esferas de la ciencia y la filosofía (de cuya tangente surge esa filosofía espontánea), y de la filosofía con la CDM, Althusser destaca dos núcleos que irradian influencia sobre la FEC. El primer núcleo, que corresponde a la práctica científica, irradia una tendencia materialista a la FEC. En el caso de la economía, la fuerza de la axiomática influiría poderosamente en la forma de afrontar la práctica económica. Tanto que, prescindir de las matemáticas como herramienta para la teoría económica se fue haciendo progresivamente más difícil de justificar.

El segundo núcleo, sostiene Althusser, es el que corresponde a la CDM, y se traduce en una perspectiva política de la realidad, en el sentido de toma de partido por una opción frente a otras posibles. Este núcleo irradia una tendencia idealista sobre la FEC; tendencia que en el caso del biólogo Monod proviene de una postura científica ante la realidad (su “moral científica”) y que hace que la esfera de la filosofía se transforme en filosofía de la ciencia. Precisamente, ese es uno de los cambios más perceptibles en la menguante relación entre economía y filosofía desde finales del siglo XIX: el confinamiento de la influencia filosófica en el quehacer de los economistas al ámbito de la filosofía de la ciencia.

El largo proceso que desembocó en que fuese la filosofía de la ciencia la única rama filosófica que, en último término, pudiese concernir a los economistas, es similar al que transformó la economía política en economía analítica. La caracterización de la economía establecida por los clásicos posteriores a Smith (desde Say hasta Stuart Mill) compartía dos elementos: la autonomía de la materia frente al resto de ciencias sociales y morales; y el carácter científico de la disciplina. Estos dos rasgos los consideró Schumpeter “mojones en la ruta de la economía analítica”¹²⁴. Bien entendido que la aproximación smithiana a la economía ya tenía un carácter analítico en contraste con la concepción aristotélica-escolástica, la cual había tratado los asuntos económicos como integrantes de la filosofía práctica para resolver problemas

¹²² Franco de los Ríos, 2005: 39-40.

¹²³ Ibid, 53-55.

¹²⁴ 1994: 597-8.

consuetudinarios¹²⁵.

De todos modos, los economistas clásicos no acabaron de dar el paso que transformase a la economía política en analítica, por mucho que Say o Stuart Mill señalaran la necesidad de que la economía siguiese el modelo de la física. La definición de economía del propio Say como ciencia empírica observacional fija adecuadamente, según Schumpeter, la catalogación de la disciplina en los tiempos que precedieron a la escuela neoclásica de pensamiento¹²⁶. La economía política incluía tantos aspectos no económicos, que no podía abordarse estrictamente desde presupuestos sólo de análisis económico. Tal y como expusiera William Nassau Senior (1790-1864), el economista legislativo (o político) ha de considerar todos los factores causales de un asunto, incluidos los juicios de valor que se derivan de fundamentos filosóficos, frente al economista teórico que no hace sino aislar y abstraer una de las causas para su estudio. De tal manera que Schumpeter considera que, al final del período clásico, “*los economistas consideraban sus recomendaciones de política económica como resultados científicos resultantes de un análisis científico, aunque no puramente económico*”. Y en este sentido fueron suministradores de recetas”,¹²⁷.

El cambio sustancial se produjo en el seno del pensamiento económico neoclásico. Neville Keynes, dio contenido a dicho cambio en su trabajo sobre metodología económica, *Perspectiva y método de la Economía política* (1891). Allí establece la distinción entre ciencia positiva, ciencia normativa y arte, concluyendo que era urgente “reconocer que la política económica era una clara ciencia positiva”. Y dado que la ciencia positiva suponía un “cuerpo sistemático de conocimiento acerca de lo que es”, Neville Keynes estaba introduciendo una distinción significativa en los principios de la disciplina respecto de lo que observaba Schumpeter en los clásicos. Ya en la segunda mitad del siglo XX, Milton Friedman concluiría que la tarea del economista consiste en ofrecer un sistema de generalizaciones que se puedan emplear para hacer predicciones correctas acerca de cambios en las circunstancias económicas. Ello posibilita asimilar la economía positiva a una ciencia objetiva del mismo modo que lo es la física, aun cuando toda ciencia social, por tratar con seres humanos, presente mayores dificultades que las ciencias puras¹²⁸.

Pero no se trata sólo de que la economía se considere una ciencia objetiva, sino que además la parte normativa de la misma no puede existir con independencia de la economía positiva. En palabras de Friedman, “Cualquier conclusión de política (económica) descansa necesariamente en la predicción sobre las consecuencias de hacer una cosa en vez de otra, una predicción que

¹²⁵ Ibid., 600-1.

¹²⁶ Ibíd., 599.

¹²⁷ Ibid., 603. En cursiva original. La referencia de Senior aparece en su obra *Outline of Political Economy*.

¹²⁸ The methodology of positive economics (1953), 1994: 181.

debe estar basada –implícita o explícitamente– en la economía positiva¹²⁹”. Y por lo tanto, cualquier sustrato filosófico sobre el que asentar la teoría quedaba postergado en la economía ortodoxa. De una manera inversa a lo que sostiene Althusser es lo habitual en la ciencia, la tendencia materialista irradiada por el núcleo de la práctica científica dominaría sobre la tendencia idealista irradiada por la forma de entender el mundo.

En el momento en que el éxito de la vertiente de pensamiento económico neoclásico fue consolidando su carácter de ciencia positiva, el “rechazo filosófico a la filosofía” (lo que Althusser llama “variante del positivismo” en las ciencias humanas¹³⁰) se hizo patente en la economía restringiendo el campo de debate de fondo al de la filosofía de la ciencia. La inadecuación empírica del paradigma neoclásico a los requisitos de Popper, Kuhn o Lakatos (por no hablar de Feyerabend), convirtió a la línea ortodoxa de la economía positiva en blanco fácil para los epistemólogos y economistas críticos con la corriente dominante¹³¹. Poco importó. Quizá McCloskey haya ofrecido en su *Retórica de la economía* el mejor diagnóstico del problema de fondo, esto es, haber pasado de la forma de la FEC de los filósofos morales metidos a economistas a la de los científicos puros: “En el caso de la economía la posición metafísica asimilable al positivismo lógico no está bien argumentada, probablemente porque sus raíces descansan más en la forma de filosofar de físicos desde Mach hasta Bridgeman que en el pensamiento paralelo de los filósofos profesionales¹³²”.

El triunfo del modelo neoclásico basado en el equilibrio general axiomático se certificó tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por la influencia de la vertiente neoclásica norteamericana, y la aparición del manual de Economía de Paul Samuelson (1948), que vendió millones de ejemplares en todo el mundo. Se consagraba así una ciencia económica en la que el análisis pasaba por encima de las explicaciones de la realidad, descuidando “todo argumento que no pudiera expresarse mediante el uso de modelos formales de equilibrio¹³³”. Su éxito respondió a una CDM muy condicionada por las revoluciones que habían sacudido el mundo científico (la geometría no euclíadiana en las matemáticas o la teoría de la relatividad en la física), y que la economía trató de imitar, en especial con la solución al problema del “equilibrio general”.

Lo más grave del asunto es que la teoría económica se abrazó a la axiomática cuando su máximo exponente, el equilibrio general que vaciaba los mercados de los excesos de oferta y demanda, se veía fuertemente cuestionado por la realidad de un enorme desempleo, a consecuencia de la Gran Depresión. La obra de John Maynard Keynes, paradigma de la reacción frente a este estado de cosas, devolvería a la filosofía cierta trascendencia en el

¹²⁹ Ibid., 181.

¹³⁰ 1975: 47

¹³¹ Maloney, 1991: 234. Roncaglia, 2006: 23-27.

¹³² *The rhetoric of economics*, 1994 : 402.

¹³³ Backhouse, *The stabilization of Price theory, 1920-1955*, 2003, cit. en Roncaglia, 2006: 492.

quehacer de los economistas, cuando ya parecía que no podía ir más allá de la crítica epistemológica¹³⁴.

XII. La separación se detiene un instante: John Maynard Keynes.

Durante el primer tercio del siglo XX la vía analítica fue afianzándose como la forma ortodoxa de hacer economía, si bien habría de esperar a los años 50 para convertirse en dominante. Según hemos observado, mientras dicha vía se entendía sometida a escrutinio epistemológico por parte de la filosofía, el significado profundo de los conceptos se daba por sentado. La economía clásica centrada en el estudio de la producción y distribución de riquezas se había transformado en los neoclásicos en la ciencia de la elección racional individual. Tanto que en 1932, Lionel Robbins (1898-1984), famoso por haber establecido la definición canónica de economía (uso eficiente de recursos escasos, susceptibles de usos alternativos), sentenció: “no consideramos parte de nuestro problema explicar por qué existen estas valoraciones particulares. Las tomamos como datos. Para lo que nos importa, nuestros sujetos económicos puede ser puros egoístas, puros ascetas, puros sensualistas o -lo que es mucho más probable- un haz mezclado de todos estos impulsos¹³⁵”.

El camino que condujo hasta un homo economicus tan restringido e idealizado se escribió sobre el palimpsesto del pensamiento económico: del sujeto económico más versátil de Smith se pasó al buscador de riquezas de Stuart Mill, y de ahí al sujeto calculador de Jevons, desembocando en el agente económico elector e introspectivo de Carl Menger¹³⁶. Así, tal y como criticara el economista institucional norteamericano J.M. Clark, el nuevo homo economicus nos dice: “Me puedo comportar de una forma o de otra, pero ¿a ti qué más te da? Debes aceptar mis elecciones tal y como las encuentras: elijo como elijo y eso es lo que realmente necesitas saber.” (1936)¹³⁷. Fin de la discusión.

Otro de los aspectos que admitía poco debate era la CDM que representaba el capitalismo liberal. Pese al ímpetu del pensamiento marxista o la Revolución rusa, la teoría económica dominante a la altura de 1930 no cuestionaba esa visión del mundo. En gran medida porque, hay que recordar, buena parte del progreso de la disciplina se debía a las nuevas cuestiones que había ido planteando el desarrollo industrial. Sin embargo, la Gran Depresión supuso la primera

¹³⁴ A. Rosenberg , 1994 : 390.

¹³⁵ Robbins: *Un ensayo sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica*, Londres, 1932.Cit en Morgan, 2006:19

¹³⁶ Cfr Morgan, 2006.

¹³⁷ Ibíd: 20. J.M. Clark: *Un prefacio a la economía social*, Nueva York, 1936.

gran crisis de ese tipo de capitalismo y como tal amenazaba de fondo también los postulados de la economía ortodoxa.

La persona destinada a salvar a la ciencia económica (e indirectamente al sistema capitalista) de este aparente callejón sin salida fue una persona que compartía las dos tradiciones formativas de la disciplina, la filosofía de los economistas clásicos, y las matemáticas de los economistas neoclásicos. John Maynard Keynes accedió a los estudios económicos de la mano de las matemáticas pero, en la senda de su maestro Marshall, no permitió que sus obras de economía se viesen invadidas por ellas. De hecho, su aproximación a la ciencia matemática fue fundamentalmente lógica y estos por dos razones. Una por familiaridad, dado que su padre, Neville, tal y como mencionamos, fue un experto en el campo del inductivismo lógico, en línea con Stuart Mill. Dos, porque el propio ambiente intelectual en Cambridge predisponía a ello. Los *Principia mathematica* de Bertrand Russell y Alfred Whitehead, imbrieron en el joven Maynard la lógica de las estructuras matemáticas, justo cuando él estaba trabajando en el campo de la probabilidad¹³⁸.

Otra fuerte influencia en Keynes fue el sistema ético de G. E. Moore. Tal y como señalara la gran keynesiana Joan Robinson, cuando Keynes se dedicó a la teoría de la probabilidad lo hizo bajo la influencia del filósofo analítico británico, de modo que detrás de toda su elaboración se hallaba el objetivo del bien¹³⁹. Con todo, el *intuicionismo* ético de Moore, más que en su obra influyó en su actitud vital, racionalizando un estilo de vida basado en el disfrute de la belleza y la compañía, más allá de los convencionalismos de su época. Sobrada prueba de ello fue su pertenencia al grupo de artistas e intelectuales de Bloomsbury.

En cualquier caso, la principal influencia en los trabajos económicos de Keynes, más allá de los matemáticos y filósofos que conoció (incluido Wittgenstein, con el que coincidió en Cambridge¹⁴⁰), fue la de los grandes economistas que le precedieron. Comenzando por su maestro Marshall, llegó hasta la línea de pensamiento de Stuart Mill y Ricardo. Keynes mezclaba en una sola persona características de esos dos economistas clásicos, ya que era tanto un economista académico como un hombre de negocios que se arruinó e hizo millonario jugando a la bolsa. Pero al mismo tiempo, compartía con ambos un entendimiento de la economía teórica como un fin para la acción política. Con Keynes, la economía política resucitó de entre los muertos. Como también lo hizo el papel de la filosofía en la práctica económica.

Althusser sostiene que la FEC que guía el trabajo de los científicos, suele funcionar “silenciosamente” hasta una situación de crisis, cuando una ciencia choca con problemas que no puede solventar con las teorías existentes. Es entonces cuando los científicos “fabrican

¹³⁸ Roncaglia, 2006: 511.

¹³⁹ 1966:17.

¹⁴⁰ Famoso es el telegrama de Keynes a su esposa cuando Wittgenstein regresó a Cambridge tras su primera salida: “Pues sí, he visto a Dios. Hemos coincidido en el tren de las cinco y cuarto”

filosofía” de la ciencia para encontrar una salida¹⁴¹. La revolución keynesiana se ajustaría a esta descripción althusseriana. Ahora bien, mientras Althusser afirma que, inclusive en esos momentos de crisis científica, los científicos “se imaginan la ciencia, en su desarrollo normal, como ciencia pura, es decir, libre de toda FEC”¹⁴², Keynes sí fue consciente de que el problema de fondo de la economía era también de carácter filosófico.

Keynes vio con claridad que la crisis económica internacional era también la crisis de la teoría económica de los “clásicos” (que identificaría con la economía de Marshall y sus sucesores, o de un modo más inmodesto, con los pre-keynesianos¹⁴³). Keynes consideró que la ortodoxia neoclásica se había impuesto por su “prestigio intelectual” (haber llegado a conclusiones completamente distintas de las que una persona con instrucción del tipo medio podría esperar), su capacidad para “explicar muchas injusticias sociales y cruidades como un incidente inevitable en la marcha del progreso”, sin olvidar que “el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales, le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad”¹⁴⁴. Todo ello revistió a los economistas ortodoxos de una aureola de veracidad que, según Keynes, les convertía en “Cándidos que, habiéndose apartado del mundo para cultivar sus jardines, predicen que todo pasa en el más perfecto posible de los mundos, a condición de que dejemos las cosas en libertad”¹⁴⁵. Y remataría afirmando que los economistas “clásicos” operaban como “geómetras euclidianos en un mundo no euclidiano” en el que “al descubrir que en la realidad no se encuentran con frecuencia líneas paralelas, las critican por no conservarse derechas”¹⁴⁶.

La crítica keynesiana con esta forma de hacer economía se centraba en dos aspectos que deducía de la realidad empírica. Uno, volver a considerar la importancia de la psicología individual en el comportamiento económico, después de que Menger hubiese desterrado cualquier atisbo de psicologismo en la teoría económica. Dos, considerar el cálculo racional del agente económico, como una probabilidad con cierto grado de certeza y de incertidumbre en función de los conocimientos o informaciones que el agente tiene sobre lo que puede suceder¹⁴⁷. Ambos aspectos se materializarían en el concepto de los “animals spirits”. Si determinadas variables económicas (la inversión, la demanda) se muestran imprevisibles, se debe en buena parte a la inestabilidad característica de la naturaleza humana, resultado de esos “espíritus animales” que gobiernan nuestras decisiones¹⁴⁸. Al introducir este concepto Keynes “fabrica” su propia filosofía científica. Puesto que la mente humana se caracteriza por

¹⁴¹ 1975: 67, 70 y 76.

¹⁴² Ibíd, 76

¹⁴³ Schumpeter,1994: 434.

¹⁴⁴ Keynes, *Teoría general*, cit en Naredo, 1996: 341.

¹⁴⁵ Ibid, 342.

¹⁴⁶ Ibid, 342.

¹⁴⁷ Roncaglia, 2006: 512.

¹⁴⁸ Galindo, 2008:65-6.

“depender más del optimismo espontáneo que de una previsión matemática”, las decisiones racionales de los sujetos económicos no pueden calcularse matemáticamente, en la medida en que dependen de hábitos, instintos, preferencias...¹⁴⁹.

Lo interesante aquí es rastrear el trasfondo filosófico de los “animal spirits”. Keynes en sus *Notas sobre filosofía moderna* (1903-04) cita la idea de Descartes según la cual es el espíritu animal el que mueve al cuerpo humano, comentando al respecto que se trata de una «acción mental inconsciente». El término recuerda también al de “pasión” del *Tratado de la naturaleza humana* de Hume en su parte tercera, *De la voluntad y las pasiones directas*. Para Hume las pasiones no son controlables racionalmente, y motivan finalmente (como en Keynes) las acciones. Si tenemos en cuenta que en 1934 Keynes publicó junto al también economista de Cambridge Piero Sraffa un resumen del *Tratado* de Hume, tradicionalmente atribuido a Adam Smith, y que ese mismo año, mientras trabajaba en su *Teoría general*, adquirió las obras de Descartes, la influencia de la esfera filosófica (y no sólo de la ciencia) en este aspecto del pensamiento de Keynes parece clara¹⁵⁰.

Por lo tanto, Keynes supone un momento excepcional en la dinámica de distanciamiento entre economía y filosofía que parecía sentenciada a la altura de 1935. No sólo introduce su propia FEC de manera consciente, sino que se apoya en el pensamiento de filósofos clásicos de primer nivel en línea con la tradición de los filósofos-economistas. Sin embargo, esta revitalización de fundamentos filosóficos en la teoría económica tuvo escaso recorrido. Para empezar porque Keynes no había venido a derrumbar el edificio neoclásico, sino a corregir sus defectos. El final de su *Teoría general* no deja lugar a dudas a este respecto: “si nuestros controles centrales...logran establecer un volumen global de producción correspondiente a la ocupación plena, tan aproximadamente como sea posible, la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante”. La época de pleno empleo que habría de seguir a la segunda posguerra mundial haría mucho en este sentido¹⁵¹. Después de todo, Keynes compartía con los autores neoclásicos, el individualismo y el utilitarismo finalista de la producción propio de la economía ortodoxa. Y cuando hablaba del “fin del laissez faire” no implicaba ni mucho menos el final del liberalismo económico como aparato ideológico e intelectual, sino más bien la necesaria reformulación de sus postulados para alcanzar el pleno empleo de los recursos productivos, sobre todo del trabajo.

Aceptando la tesis de Bronfenbrenner según la cual el keynesianismo constituye, junto al laissez faire y al marginalismo, una de las tres grandes revoluciones del pensamiento económico, lo cierto es que, vista desde el presente, la revolución keynesiana acabó siendo del tipo descrito en *El Gatopardo*, aquellas en que es preciso que todo cambie para que todo

¹⁴⁹ Naredo, 1996: 65-66 (citando la *Teoría general*, 1936). Galindo, 2008: 66.

¹⁵⁰ Ibid, 65-7.

¹⁵¹ Naredo, 1996: 346.

permanezca. Quizá por eso, Mark Blaug advierte que el keynesianismo ha de interpretarse en términos lakatosianos más que kuhnianos. Aunque la publicación de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* en 1936 fue un hito sólo comparable a la publicación de *El Capital* en el siglo XIX o *La riqueza de las naciones* en el XVIII, y supuso un paso adelante frente al concepto del equilibrio general, en degeneración por la constatación de su contradicción flagrante con la realidad, tras la Segunda Guerra Mundial la teoría keynesiana quedaría integrada dentro del marco general de la teoría neoclásica¹⁵².

Ya desde el mismo momento de la aparición de la *Teoría general*, distintos economistas, tanto de su entorno académico (James Meade) como del exterior (John Hicks), buscaron incorporar las ideas keynesianas al modelo neoclásico (la conocida después como “síntesis neoclásica”), olvidando el capítulo 12 de la obra, con sus “animal spirits” y el cuestionamiento de la racionalidad del hombre económico¹⁵³. Irónicamente, fue uno de los más fervientes seguidores de Keynes en los años 30, el ya citado Paul Samuelson (1915-2009), el que ejerció de principal enterrador de las críticas keynesianas a la doctrina clásica¹⁵⁴. Su manual de Economía vehículo la FEC de sucesivas generaciones de economistas, reforzando la influencia del Elemento materialista de la práctica científica, y reduciendo en el Elemento 2 idealista la influencia de la filosofía a su mínima expresión (la filosofía de la ciencia). Todo lo cual nos lleva al quinto momento de separación.

XIII. Quinto momento de separación: el instrumentalismo económico.

En el palimpsesto de la teoría económica Maynard Keynes supuso un cierto retorno de la economía científica a la economía política, del análisis económico a un pensamiento económico más amplio y de la economía a la influencia filosófica, no exclusivamente epistemológica. Sin embargo, en la inmediata posguerra mundial los acontecimientos iban a aupar a la formalización matemática, despojada de toda reflexión filosófica, al lugar preponderante en la ciencia económica. O en palabras de Backhouse, “el descuido de todo argumento que no se pueda expresar mediante el uso de modelos formales¹⁵⁵”.

En una trayectoria que le emparentaba con Smith, la crítica keynesiana al apriorismo deductivo de la economía neoclásica abogaba por la necesidad de combinar la teoría abstracta con los datos obtenidos de la experiencia. Y fue paradójicamente un ámbito económico menos

¹⁵² Blaug, 1994: 357-361.

¹⁵³ Joan Robinson ideó el término “keynesianos bastardos” para nombrar a todos aquellos que, después de Keynes, fundieron el keynesianismo con la doctrina neoclásica.

¹⁵⁴ Su admiración llegó al punto de afirmar que si la Teoría general de Keynes, en vez de haberse publicado en 1936 lo hubiera hecho en 1930, se podría haber evitado la Segunda Guerra Mundial. En Ricossa, 1996:198.

¹⁵⁵ R. A. Backhouse (2003): *The stabilization of price theory, 1920-1955*. Cit. en Roncaglia, 2006: 492.

teórico y más experimental, compuesto por personas, con formación económica o sin ella, en contacto con los problemas del mundo de los negocios, de las finanzas, o de las instituciones públicas, la que fue arrinconando la aspiración intelectual de deducir las grandes leyes que rigen la economía al espectro académico, mientras hacía furor la construcción de modelos concretos diseñados para convertir cualquier planteamiento económico en un aspecto cuantificable y predecible¹⁵⁶.

El quinto momento de separación entre economía y filosofía retomó la senda que había marcado ya el cuarto, reforzando el componente materialista de la práctica científica en la FEC, mientras el componente filosófico de la misma queda muy desdibujado. Mucho tuvo que ver la visión de las cosas (CDM) posterior a 1945. En el difícil contexto de la segunda posguerra mundial, la urgencia de hacer, de resolver los crecientes problemas que presentaba el mundo real, azuzaban la forma de entender la economía, evitando cualquier indefinición o debate conceptual que pudiese estancar el progreso del conocimiento. Esta visión del mundo venía ya del período de entreguerras con todos los problemas suscitados por la gran crisis, y agravados por las consecuencias de la guerra mundial subsiguiente. La sociedad exigía respuestas a la ciencia económica, y ésta sintió cada vez menos la necesidad de ofrecer explicaciones de lo que estaba haciendo, o de basar sus supuestos en la realidad, con tal de que fuesen útiles para dar las respuestas demandadas.

El refuerzo del elemento materialista se hizo retomando el camino de la economía analítica. Samuelson transmitió en su manual una versión de la economía en la que las técnicas analíticas priman sobre todo aspecto relacionado con la representación del mundo económico, y en el que las matemáticas constituyen el instrumental básico del economista, desplazando por completo a la lógica como punto de amarre. A diferencia de Keynes, la figura de Samuelson consagraba al nuevo “gran economista” más por la forma en que era capaz de hacer economía, que por el fondo de sus tesis. McCloskey observa en ello un principio de autoridad en la materia que se habría transmitido a las generaciones posteriores, dando por hecho que un buen manejo matemático es imprescindible para ser un buen economista¹⁵⁷. Aunque con importantes precursores en los trabajos de Jevons, Pareto o Marshall, la aparición en el período de entreguerras de la econometría, técnica híbrida entre las matemáticas y la teoría económica, supuso un enorme refuerzo a esta orientación de la disciplina.

Pero este concentrarse en el análisis por cima de cualquier otra consideración tuvo también su justificación ideológica en forma de una indiferencia hacia la necesidad de un trasfondo conceptual que sustente a la disciplina. Samuelson, afirma en su manual la inexistencia de una definición exacta de economía, al tiempo que niega que haga falta definición alguna. Su

¹⁵⁶ Naredo, 1996:379. Naredo define esta nueva orientación del quehacer económico como un “empirismo más corto de miras”.

¹⁵⁷ 1994: 420.

antecesor, el economista canadiense Jacob Viner (1892-1970) ya había ofrecido la definición más ilustrativa del viraje conceptual: “economía es aquello que hacen los economistas”¹⁵⁸.

Todo este proceso coincidió con el traslado del liderazgo de la economía ortodoxa de Gran Bretaña a los Estados Unidos. Curiosamente, el éxito de la vertiente neoclásica en Norteamérica debería mucho a un economista-filósofo, el fundador de la Escuela de Chicago, Frank Knight (1885-1972), cuya aplicación al homo economicus de los tipos ideales de Max Weber constituye para Mary Morgan el eslabón perdido necesario para hacer funcionar el conjunto de la teoría matemática erigida por los neoclásicos europeos¹⁵⁹.

Y sería uno de los discípulos de Knight, y principal representante de la segunda Escuela de Chicago, Milton Friedman (1912-2006), el encargado de dar carpetazo al asunto del status de la ciencia económica. Su famoso ensayo *La metodología de la economía positiva* de 1948 (mismo año recordemos de la primera edición del *Manual* de Samuelson), certificó el viraje efectuado por la disciplina hacia un empirismo básico, tras el cual se halla más bien un cierto instrumentalismo no confesado¹⁶⁰. La famosa tautología de Viner mencionada anteriormente, se transformó en corpus teórico en manos de Friedman, justificando el que los economistas pudieran hacer a partir de entonces casi cualquier cosa.

Friedman escribió su ensayo desde la estricta perspectiva de la ciencia económica, citando al gran antecedente metodológico, la obra de Neville Keynes, y entrando en discusión con las propuestas económicas de Marshall. Sin embargo, y pese a emplear reiteradamente el término “economía positiva”, no citó ni una sola vez a un filósofo de la ciencia¹⁶¹. Lo cual no significa que su tesis no atrajera la atención de filósofos de la ciencia como Ernest Nagel o Gerald J. Massey, que entraron en discusión a principios de los años 60, no con Friedman como cabría esperar, sino con Samuelson o el economista austriaco Fritz Machlup (1902-1983) que, en 1955, apuntaló desde una perspectiva más próxima a la filosofía de la ciencia la teoría de Friedman¹⁶².

El intenso debate que se produjo entonces fue la muestra más palmaria de que la CDM científica logró finalmente restringir la interacción consciente de la filosofía con la economía al limitado campo de la filosofía de la ciencia. Ya se ha mencionado que esta dinámica viene de lejos en la historia del pensamiento económico. El economista estonio-sueco Tönu Puu (n.

¹⁵⁸ Cit en Naredo, 1997: 403.

¹⁵⁹ 2006. 15. Para Morgan, Knight sería un positivista. Pradier y Teira (2002) discuten su consideración como un positivista lógico.

¹⁶⁰ Melitz, en *Revista Española de Economía*, 1972, 3, p. 312-3. Para Daniel Hausman el instrumentalismo de Friedman no sería ortodoxo, pues las teorías se han de juzgar por su poder predictivo, independientemente de que los supuestos de partida sean irreales o no, lo que no aceptaría nunca un instrumentalista estándar (1994: 217).

¹⁶¹ Ver el ensayo en Hausman, 1994: 180-213.

¹⁶² El artículo de Machlup fue *El problema de la verificación en economía*, publicado en el *Southern Economic Journal*, 1955. Este debate fue recogido ampliamente en el número de *Revista Española de Economía* citado más arriba, p. 251-307.

1936) aclara la diferencia con el pasado. Si bien algunos de los grandes economistas del siglo XIX, tales como Jevons, Stuart Mill, o Keynes fueron “eminentes lógicos y filósofos de la ciencia”, su pensamiento no atrajo la atención de los filósofos de la ciencia profesionales, como sí ocurrió con Friedman¹⁶³. En este sentido, es preciso entender que las discusiones o debates filosóficos que pudieran afectar a economistas previos a 1950 desbordaban frecuentemente el estrecho campo de la metodología.

Con todo y así, el debate metodológico en el que se vio envuelto Samuelson con Nagel y Massey tuvo la virtud de mostrar a un gran economista que todavía era capaz de rebatir a filósofos de la ciencia desde su misma disciplina, y citando a otros filósofos de la ciencia en su argumentación. Su misma forma de concluir del debate encierra una postura filosófica que parece enraizada con el pasado, cuando diferencia entre el “empirismo estricto” y el “empirismo liberal”, al que se acoge.¹⁶⁴ Dentro del palimpsesto de la teoría económica, esta postura encuentra eco en el ensayo *Esencia y principios de la teoría económica* de 1908, donde ya Schumpeter abogaba por un liberalismo metodológico: adaptar los supuestos a cada objetivo concreto, de modo que las teorías y modelos sean instrumentos para orientarse en la realidad, para producir “buenos resultados”. Así, la concepción del científico como desvelador de las leyes que rigen el mundo económico, todavía dominante en el momento en el que escribía Schumpeter, experimentó una fuerte fisura por la que habrían de penetrar el instrumentalismo de Friedman y Samuelson¹⁶⁵. De hecho, el citado Maurice Dobb vincula a Schumpeter “con el punto de vista del análisis económico, más tosco y más honrado de la “caja de herramientas” que es (al menos en su forma moderna) puramente instrumental¹⁶⁶”.

En cualquier caso, el triunfo del instrumentalismo a partir de 1950 no fue casual. Si se convirtió en el componente idealista de la FEC fue por las ventajas que ofrecía la formalización matemática: disponer de un conjunto de métodos e instrumentos analíticos para derivar generalizaciones empíricamente contrastables, borrando todo aquellos aspectos que subyacen bajo los supuestos de partida. Porque como afirma Puu, “al traducir hipótesis expresadas verbalmente al lenguaje matemático... las posibilidades de distorsión... no presentan problema alguno”, extremo que conducirá al economista instrumentalista a decidirse por el instrumental matemático¹⁶⁷. En este sentido el progreso de las técnicas de análisis económico y, sobre todo, de la tecnología informática unirían fuerzas para engendrar un nuevo y definitivo momento de separación entre economía y filosofía.

¹⁶³ Puu, en *Revista Española de Economía*, 1972, 3, p. 350.

¹⁶⁴ El empirismo estricto sería aquel que duda de que un imán siga siendo magnético cuando no hay ningún objeto de hierro cerca, según ejemplo del mismo Samuelson. El empirismo liberal simplemente asume que seguirá siendo magnético en cualquier caso. Cfr 1972.

¹⁶⁵ Roncaglia, 2006:550-1. Aunque es cierto que Schumpeter, a diferencia de Friedman, sostuvo que el teórico ha de tener en cuenta los hechos de la realidad a la hora de elaborara sus supuestos.

¹⁶⁶ 1980: 16. En la introducción a su libro, Dobb critica con fuerza esta visión analítica de la economía.

¹⁶⁷ Ibíd., 363 y 384.

XIV. Sexto momento de la separación: econometría y modelos informatizados.

Dentro de la lógica althusseriana que venimos aplicando a la evolución del pensamiento económico y su relación con la filosofía, hemos evidenciado que, durante el primer tercio del siglo XX, la vertiente materialista de la FEC llegó a dominar la práctica científica de la economía, sobre todo a partir del trabajo de matemáticos. Uno de los instrumentos surgidos en el período de entreguerras que marcaría en buena medida el devenir de la disciplina después de 1945 sería la econometría. En la medida en que la sociedad exigía respuestas a los economistas (en todas sus variantes), la medición fue convirtiéndose en el objetivo primero del análisis económico, de tal modo que, si la teoría económica se fue confundiendo progresivamente con la economía matemática, ésta a su vez, lo fue haciendo cada vez más con la econometría. Como ejemplo groseramente ilustrativo de la rendición del análisis económico a la herramienta, baste apuntar que, viviendo todavía grandes economistas (los citados Sraffa, Robinson o Samuelson), el primer premio Nobel de Economía, concedido en 1969 recayó en dos de los padres de la econometría, el creador del término, el noruego Ragnar Frisch (1895-1973), y el holandés Jan Tinbergen. Algo así, como si el primer Nobel de Literatura se lo hubiesen concedido al inventor de la máquina de escribir.

Se puede decir que, en el palimpsesto que fue configurando la historia del pensamiento económico, la econometría supuso el “fin de la historia”, o como afirma Spiegel, el “fin de las ideologías” que acabó por convertir el trabajo del economista en el de un ingeniero¹⁶⁸. A estas alturas del repaso histórico efectuado queda claro que la econometría no surgió por generación espontánea, sino que fue el final de un proceso que se podría remontar a la “aritmética política” de Petty, y al que contribuyeron también en alguna medida los marginalistas¹⁶⁹. Ahora bien, la mayoría de los grandes economistas entendieron que la estadística y las matemáticas estaban al servicio de la descripción de fenómenos económicos, teóricos y prácticos, mientras la opción que posibilitó la econometría fue la de buscar relaciones cuantitativas entre variables como un fin en sí mismo. Ya desde su origen, a finales de la década de 1920, Frisch la definió en este sentido: conjunción de estadística, teoría económica y matemáticas, necesaria para comprender las “relaciones cuantitativas de la vida económica moderna”¹⁷⁰.

¹⁶⁸ 1990: 749.

¹⁶⁹ Aunque Roncaglia dice que el papel de estos últimos fue “relativamente modesto”, 2006: 643.

¹⁷⁰ Ibid, 644. Spiegel, 1990: 750.

El éxito de la econometría tiene razones geoestratégicas y políticas de fondo. Durante la Segunda Guerra Mundial, se empleó el análisis cuantitativo (la llamada “investigación operativa”) para solventar problemas de intendencia, pero fue durante la segunda posguerra mundial cuando el desarrollo de la econometría encontró un campo abonado. Sumida Europa en la inestabilidad económica propia del período, y las incertidumbres respecto del futuro, Estados Unidos encabezó la recuperación, apoyándose en modelos econométricos para establecer previsiones macroeconómicas sobre las que basar sus decisiones de política económica. Su expansión económica y su influencia en el mundo occidental, en el contexto de la Guerra Fría hicieron el resto¹⁷¹.

A todo ello contribuyó asimismo la creciente especialización y diversificación de la disciplina, que hiciera exclamar a Samuelson: “En esta era de especialización, a veces pienso en mí mismo como el último generalista en economía”¹⁷². Pero ha sido indudablemente el desarrollo de las fuentes estadísticas y, de manera destacada, la tecnología informática las que han hecho factible la tremenda expansión del análisis económico, con o sin teoría. Del mismo modo que la bomba atómica requirió primero la construcción de una computadora enorme para realizar los cálculos precisos, la disponibilidad de herramientas analíticas como la econometría sólo pudo funcionar a pleno rendimiento con la ayuda de la informática. Sirva como prueba un hecho relevante. Pese a la intensa orientación matemática de la ciencia económica durante la primera mitad del siglo XX, todavía en 1952, sólo el dos por ciento de los artículos publicados en la revista económica más importante de los Estados Unidos contenían fórmulas matemáticas¹⁷³.

Hacer economía ya no es un patrimonio de los teóricos, ni mucho menos de los académicos. El desarrollo de las computadoras ha permitido a cualquier persona con los conocimientos adecuados (y no necesariamente económicos), formular modelos y realizar complicados cálculos referentes a innumerables aspectos de la vida económica. La fuerza de la herramienta ha sido tal que ya ni siquiera viene tutelada por la teoría económica de gran alcance. En no pocas ocasiones, construye sus propias hipótesis ad hoc en función de los resultados que persigue, sin atender a las necesidades de contrastación de las grandes teorías económicas. Y aunque la econometría se ha empleado también como herramienta de la filosofía de la ciencia, para verificar determinadas teorías (e.g. la de las expectativas racionales), no han faltado economistas como el también Nobel Christopher Sims (n. 1942) que han

¹⁷¹ Roncaglia, 2006: 645.

¹⁷² Cfr Estapé, 2009:104.

¹⁷³ Schirrmacher, 2013 : 76.

defendido una “econometría ateorética”, en el que es la herramienta la que ha de especificar el modelo teórico¹⁷⁴.

Lo anterior nos conduce a un apartado interesante. La evolución de la ciencia económica que fue distanciándose de su origen filosófico, ha producido también una separación dentro de la propia disciplina entre las esferas de la teoría económica, el análisis cuantitativo de variables, y las prescripciones de política económica. Si en los clásicos, y aún en los neoclásicos, la teoría era el centro sobre el que pivotaban las otras dos esferas, la evolución reciente depara una cierta (y en ocasiones total) autonomía de las esferas del análisis y la política respecto de la teoría económica¹⁷⁵.

La posibilidad ya abordada de recurrir a ejercicios econométricos sin sustrato teórico constata la independencia del análisis. Para constatar la independencia de las recomendaciones de política económica de la teoría podemos recurrir sucintamente al ejemplo de Friedrich von Hayek (1899-1992). Perteneciente a la escuela austriaca, Hayek fue todavía un economista muy influido y familiarizado con el pensamiento filosófico, cuyos elaborados fundamentos sobre la economía neoclásica, no tuvieron sin embargo tanta influencia como el instrumentalismo/pragmatismo de Friedman.

En Hayek la esfera althusseriana de la filosofía no sólo vuelve a brillar con fuerza en la FEC, sino que va más allá de los lindes de la filosofía de la ciencia. Karl Popper fue amigo suyo, y se advierte su influencia en la crítica de Hayek al “constructivismo racionalista”, que pretende un diseño racional del mundo (y por ende de las instituciones culturales y sociales). Hayek pensaba que las categorías fundamentales de la mente humana se modifican para adaptarse al mundo en el que vive¹⁷⁶. Al respecto, tanto Gray como Dobb aprecian una raíz kantiana en Hayek, de modo que las proposiciones de la teoría económica serían una suerte de “proposiciones sintéticas a priori”, y los objetos de estudio, no hechos físicos sino “entidades constituidas” a partir de categorías de nuestra mente¹⁷⁷. A su vez, Hayek entendía que es el lenguaje el que conforma nuestra forma de pensar, en línea con el primer Wittgenstein. Aunque en realidad, la concepción de las reglas del conocimiento que defiende Hayek (un “saber cómo” que gobiernan el conocer a través de una serie de hábitos y disposiciones) lo tomara del “conocimiento tácito” de Karl Polanyi¹⁷⁸.

¹⁷⁴ Roncaglia, 2006 :646.

¹⁷⁵ Roncaglia divide el propio campo teórico en teorías “de alto nivel” y “de bajo nivel”. Las primeras recogen axiomas sofisticados con tal grado de abstracción que apenas pueden tener uso en la economía política, mientras las segundas hacen un “uso indiscriminado de instrumentos analíticos” con “fundamentos tan poco sólidos” que funcionan como “parábolas” para la investigación o la docencia económica, pero también con vistas a engendrar recomendaciones de política económica. Ibíd, 663-4.

¹⁷⁶ Gray, 1984.

¹⁷⁷ Ibíd. Dobb, 1980: 18.

¹⁷⁸ Gray, 1984. Hodgson, 1995: 228.

Hayek fue quizá el último de los representantes de la escuela económica austriaca, donde el aprendizaje de la economía se integraba en una visión amplia del conocimiento. Por eso, inclusive los conceptos económicos de dicha escuela encontraron en él resonancias filosóficas. Tal vez el más significativo fuera el del “orden espontáneo” al que llegan las sociedades, heredero de la noción mengeriana de las consecuencias no intencionadas de las acciones humanas, con la “mano invisible” de Smith en la lejanía. Hayek considera este orden espontáneo hacia el que evolucionan las sociedades, un mecanismo autorregulador que trasciende la dicotomía de la filosofía sofista entre la physis y el nomos, esto es, entre un orden natural instintivo y uno construido racionalmente a propósito¹⁷⁹.

Su fidelidad a la escuela austriaca también residía en el escepticismo respecto del alcance de las teorías. Ya en el fundador de la escuela, Menger, el homo economicus no era el tipo ideal weberiano, sino un individuo con un conocimiento imperfecto o limitado. Y del mayor de sus representantes, Joseph A. Schumpeter, dice Claudio Magris que: “De la civilización austriaca había aprendido la discreta sonrisa que enmascara cualquier certidumbre.”¹⁸⁰ En esta tradición de pensamiento, Hayek consideraba un error que la teorización científica fuese un camino seguro hacia el progreso económico y social. El mismo concepto del “orden espontáneo” era para él una hipótesis a demostrar, de la que dudaba pudiese dar cuenta real la teoría económica. Y si bien su crítica a la planificación desde arriba se ha tendido a interpretar siempre en clave política, el economista evolucionista Geoffrey Hodgson advierte de que se habría de aplicar sobre todo a “los problemas relativos a la adquisición y procesamiento del conocimiento suficiente y comprensible de la economía”¹⁸¹.

Porque Hayek es un economista cuya popularidad ha procedido más de sus opiniones políticas que de sus elaboraciones en el campo de la teoría económica. Sus postulados liberales han influido significativamente en la política de la segunda mitad del siglo XX, en especial en Gran Bretaña (desde Winston Churchill hasta Margaret Thatcher). *Camino de servidumbre* (1944) no sólo fue mucho más famoso e influyente que todos sus escritos sobre economía, sino que se convirtió en la obra de un economista, no estrictamente económica, más relevante de todo el siglo XX. Y si bien Roncaglia apunta que Hayek no dejaba de ser un “austriaco” ni siquiera cuando escribía obras dirigidas al gran público, los matices y dificultades de sus planteamientos teóricos quedaron soterrados bajo el entusiasmo que desató su liberalismo¹⁸².

Bien es cierto que la defensa de las ideas liberales que hizo Hayek no estuvo exenta de referentes filosóficos (el iusnaturalismo político de John Locke), y sociológicos (el darwinismo

¹⁷⁹ Gray, 1984.

¹⁸⁰ 2010: 180-1. Este sólo sería un reflejo en la práctica científica de una civilización que, como dice Magris, si bien “ha aspirado a la totalidad perfecta, a la unidad armoniosa y acabada de la vida, ha dejado a la vista los pedazos que siempre faltan para cerrar el círculo”. Ibíd., 158.

¹⁸¹ 1995: 266. También Gray, 1982.

¹⁸² 2006: 422 y 426.

social de Herbert Spencer), pero su forma de entender la política económica debió mucho más a su CDM que a todas esas referencias intelectuales. Un apunte de Hodgson basta para justificar esta afirmación. Pese a su oposición teórica a cualquier constructivismo racional, el anciano Hayek acabó apoyando la transición planificada de la economía de la URSS a una de libre mercado a principios de la década de 1990. Por encima de toda su reflexión teórica, sostiene Hodgson, fue la dura realidad que le tocó vivir durante la primera mitad del siglo XX la que le convenció de que era el comunismo (dado que el nacionalsocialismo ya había sido derrotado) el sistema a derrumbar, aunque fuese mediante una planificación racional¹⁸³.

Incluso si su teoría económica apoyaba su defensa del *laissez faire*, lo cierto es que sus seguidores en política económica no han sentido la necesidad de recurrir a aquella. O dicho de otro modo, una determinada forma de entender el mundo acaba siendo más influyente que toda la teorización económica realizada. Este deslindar la política económica, o el análisis de variables según hemos visto, de la teoría económica ha sido cada vez más frecuente en el último medio siglo, lo cual a una reflexión final sobre la situación de la ciencia económica y su relación con el mundo real.

XV. A modo de conclusión pesimista: francotiradores y candidatos manchurianos.

Con el espejo del *Curso de filosofía para científicos* de Louis Althusser hemos ido repasando el proceso de abandono de la filosofía por parte de la ciencia económica. Este abandono se fue desenvolviendo a lo largo de toda una serie de nombres y escuelas de pensamiento económico, en lo que hemos dado en llamar, “momentos” de separación. Asimismo, adoptando la conceptualización que hiciera Joseph Schumpeter, se ha considerado que la transformación progresiva del pensamiento económico en análisis económico a lo largo del siglo XIX y certificada en el siglo XX, habría marcado el punto culminante de dicho divorcio.

Hemos matizado al inicio que esta separación lo es (según la misma forma de caracterizar la filosofía de Althusser en su *Curso*) de las filosofías o argumentaciones filosóficas personalizadas, mientras la ideología que subyace en todo científico residiría en su CDM. Pensando de esta forma la relación entre economía y filosofía, se advierte que, prácticamente hasta la segunda mitad del siglo XX, la influencia de la esfera filosófica en el quehacer económico ha sido un rasgo habitual entre los grandes pensadores económicos. No obstante, en las últimas décadas es muy apreciable la práctica invisibilización de esa esfera, particularmente evidente en la formación de los economistas. Es obvio que, tras todos los conceptos que conforman el canon del análisis económico, se halla una forma de entender filosóficamente la

¹⁸³ 1995: 264.

realidad y el conocimiento, pero esa forma se ha ido desdibujando tanto en las sucesivas sobreescrituras del palimpsesto económico que su significado se ha perdido. Tratar de entender de qué estamos hablando no puede pasar ya por leer en la última página de ese palimpsesto, sino que ha de pasar por una inmersión retrospectiva en la historia del pensamiento económico, de un modo similar al practicado aquí. Ahora bien, eso sería más un deseo que una realidad, pues dentro de la gran diversidad de escuelas y corrientes económicas que proliferan por el mundo (en lo que Roncaglia ha dado en llamar “la época de la fragmentación¹⁸⁴”), los economistas van adscribiéndose por motivos que tienen mucho más que ver con su CDM (opciones políticas, profesionales, pecuniarias...) que con una familiarización con la filosofía subyacente que, en la mayoría de los casos, nunca se hace explícita.

Quizá sea el concepto del “candidato manchuriano”, ilustrado en la película *El mensajero del miedo* (1962) de John Frankenheimer el que mejor pueda describir la relación actual entre economía y filosofía. Leyenda o realidad, se afirma que la CIA estuvo durante los años 50 y 60 entrenando a personas destinadas a cometer asesinatos de políticos ilustres, mediante intensos procesos de hipnosis. Todavía hoy existen dudas de si el asesinato de Robert Kennedy no siguió este patrón, ya que su asesino nunca ha recordado haber estado siquiera en el lugar del crimen. Por similitud, la inmensa mayoría de los economistas teóricos están tan inmersos en la formalización que no son conscientes (y/o no les importa demasiado) de la carga filosófica de fondo que portan sus teorías. Si alguien trata de despertarlos de su sueño hipnótico suele ser un filósofo de la ciencia, trasladando por tanto el debate al ámbito epistemológico. Tal y como hemos comprobado, este fue uno de los triunfos de la economía ortodoxa. Cuando Smith se ocupó de la economía, la esfera filosófica incluía muy diversos aspectos (ética, política...), pero llegado un punto en torno a finales del siglo XIX la máxima que se impuso en la disciplina económica fue: los procedimientos son discutibles, los conceptos de fondo, no. En cualquier caso, como ya advirtiera Friedman en su día, suele haber poca relación entre lo que dicen que hacen los economistas y lo que realmente hacen¹⁸⁵.

En ocasiones, la capacidad destructiva de los “candidatos manchurianos” económicos es muy elevada. A la vista de la crisis económica reciente, el ejemplo paradigmático es el de la llamada “ecuación Black-Scholes” que apareció en un artículo académico de 1973 auspiciado por Robert Merton y firmado por Byron Scholes, ambos premios Nobel posteriormente. Esta ecuación permitía calcular el precio de los derivados financieros, lo que abrió la puerta a la comercialización masiva de estos productos. Y con ello, en palabras de John Lanchester: “la

¹⁸⁴ 2006: 611 y ss.

¹⁸⁵ En Hammond, 1992 :230. En esa misma entrevista Friedman también sentencia todo un estado de la cuestión en la manera de hacer economía: “Decidí que estaba más interesado en hacer economía que en escribir sobre cómo debía hacerse economía”.

matematización del mercado”¹⁸⁶. Lo cual nos lleva a una segunda tipología de practicantes de economía más habitual de lo aconsejable en las últimas décadas, lo que llamaremos, los “francotiradores”.

Se ha indicado ya cómo la combinación de econometría y tecnología informática han posibilitado un análisis de variables prácticamente despegado de toda teoría económica. La afirmación de Johnston en 1991, refleja una realidad muy vigente hoy día: “*Es muy fácil para cualquiera activar un paquete informático, del que sólo tiene un ligero conocimiento, aplicarlo a unos datos cuya naturaleza y origen ignora, y después derivar conclusiones sobre una situación económica, cuya realidad histórica e institucional posiblemente no ha estudiado en modo alguno.*”¹⁸⁷ La complejidad del mundo económico, acentuada por la globalización y el crecimiento exponencial de los productos financieros, ha favorecido la proliferación de practicantes de economía (en cualquiera de sus muchas vertientes) que no poseen formación económica. Cualquiera con una formación apta para la modelización y el cálculo numérico complejo (matemáticos, físicos, ingenieros...) puede dedicarse a resolver problemas económicos sin más que cursar un famoso MBA (máster en administración y negocios)¹⁸⁸. En la reveladora cinta *Margin call* el empleado que interpreta el modelo por el cual la gran empresa financiera para la que trabaja está al borde de la quiebra es un ingeniero aeronáutico de formación, llegado al mundo de las finanzas por ser un oficio mucho mejor remunerado. Ficción cinematográfica que responde a una realidad: la que describe Nassim Taleb en forma de aviones procedentes de Rusia cuya última fila iba ocupada, invariablemente, por físico-químicos en dirección a Wall Street¹⁸⁹. Sin restar un ápice de responsabilidad a los teóricos económicos, cuyas armas ponen en funcionamiento los francotiradores, muchos de los agujeros producidos en el sistema financiero internacional han tenido detrás a este tipo de “científicos”.

Si en los teóricos de la economía la esfera de la filosofía subyacente apenas es un contorno imperceptible, en los francotiradores que se dedican al análisis de variables aplicando fórmulas concretas donde los conceptos teóricos ni están ni importan, la invisibilidad es prácticamente total. En ausencia de una teoría insuflada de conceptos con carga filosófica los francotiradores económicos acuden a realizar su labor con su CDM particular, por lo demás muy diversa. De hecho, no tiene por qué existir una correlación cierta entre una forma de entender las cosas y el análisis económico practicado. No es preciso ser un individualista egoísta con el único objeto de enriquecerse para que los modelos que crean puedan causar estragos al conjunto de la economía. Recordemos aquí que algunos de los más insignes representantes de la escuela neoclásica

¹⁸⁶ 2011: 56-7 y 64. Dicha ecuación llegó a incorporarse en una tecla de las calculadoras de bolsillo, de modo que la teoría quedó incorporada a la tecnología.Schirrmacher, 2014:64.

¹⁸⁷ 1991:52.

¹⁸⁸ Podríamos llamar a este hecho el “efecto Pavarotti”. Años ha causó enorme revuelo en el mundo de la música la confesión de Pavarotti de que no sabía leer música. Aparentemente, para ser uno de los mayores tenores de la historia de la ópera no hacía falta saber solfeo, sólo dominar la técnica del bel canto.

¹⁸⁹ 2004: 29.

ortodoxa del siglo XIX, Walras o Marshall, eran gente políticamente progresista, pero que, sumergidos en la necesidad de hacer avanzar a la teoría económica, hicieron progresar el modelo de economía individualista y de competencia perfecta.

En este sentido, la “diáspora” que viene afectando al quehacer de la economía desde la segunda mitad del siglo XX, muy acentuada en las últimas décadas con las tecnologías de la información y la globalización económica, dificulta una solución sencilla a los problemas económicos. Si bien Althusser considera que lo habitual es que el Elemento 2 idealista domine en la FEC sobre el Elemento 1 materialista, en una parte no desdeñable de la práctica económica (sobre todo financiera) la fuerza de la práctica científica es tal que impone su ley en dicha filosofía espontánea. Llevando este dominio al extremo, ni siquiera son ya los científicos, sino más bien los computadores (bien es cierto que programados por ellos) los que marcan el camino a seguir¹⁹⁰.

No obstante, hay quien cree ver en lo sucedido una posibilidad de volver a visibilizar la esfera filosófica en su relación con la ciencia. Ya desde finales del siglo pasado se hizo evidente que había un problema filosófico en todo el desarrollo de los derivados financieros: la confusión entre riesgo e incertidumbre. La crisis actual ha puesto de manifiesto que ninguna fórmula matemática puede eliminar la incertidumbre, y que de ella se pueden derivar resultados catastróficos no previstos. George Akerlof y Robert Shiller, economistas de la corriente dominante, han señalado la necesidad de recuperar el concepto keynesiano de los “animal spirits” para poner en solfa al agente maximizador racional de la economía neoclásica. Representando un tipo de economía denominado conductual (behavioural economics), plantean un replanteamiento psicológico del homo economicus racional, lo que le lleva a Frédéric Lordon a criticar que la ciencia social elegida para esa misión sea la más individualista. Mejor aún, Lordon encuentra una relación entre los “animal spirits” de Keynes y el conato de Spinoza, abriendo una puerta a introducir en la teoría económica la “fuerza determinante de lo colectivo”. El principal problema de este intento de revitalización filosófica de la teoría económica es, como apunta el propio Lordon, que su público son los “desharrapados” de sus “colegas, los economistas heterodoxos”,¹⁹¹.

En cualquier caso, no todo queda al albur de candidatos manchurianos y francotiradores dominantes. La otra cara de la vasta especialización que afecta a la economía es la citada fragmentación de la misma, posibilitando teorías de muy distinta procedencia e ideología, entre las que cabe recuperar la conexión economía-filosofía, en algunos casos por parte de economistas insignes. Amartya Sen (n. 1933) y su recuperación del pensamiento aristotélico

¹⁹⁰ Schirrmacher relata cómo los modelos de la teoría de juegos han sido incorporados a los ordenadores de modo que “el egoísmo...pasó a ser ejecutado también por programas de ordenador” (2013: 67). En realidad la tesis de todo el libro es que el mundo financiero está en manos de algoritmos ejecutados por máquinas, por lo que, citando a Hodgson constata una “nueva economía sin homo economicus” (p. 130).

¹⁹¹ 2012: 347 y ss.

para elaborar un concepto “el desarrollo humano” que va más allá del énfasis rentista de la economía tradicional, y que ha sido incorporado por las Naciones Unidas, otorga esperanza de que otra teoría económica se acabe convirtiendo en política económica¹⁹². Claro que también hay ejemplos en contrario. El ex director de la Reserva Federal, Alan Greenspan, responsable de los desmanes del mundo financiero que llevó a la “gran recesión”, siguió la filosofía objetivista de su maestra Any Rand, aplicando un laissez faire militante en la creencia de la bondad de los mercados autorregulados¹⁹³. Su sucesor y deshacedor de sus entuertos, Ben Bernanke, sin filosofías detrás pero con un conocimiento exhaustivo de lo sucedido en la crisis de los años 30, a partir de su labor investigadora, ha producido mejores resultados en términos de política económica.

La “gran recesión” no ha sido sólo una crisis económica, sino también de la Economía. La fe en los economistas ha sufrido un varapalo importante, y la disciplina sigue buscando maneras de recobrar su prestigio perdido. La interdisciplinariedad es una de las soluciones que se apuntan, así como la necesidad de una formación más integral del economista, algo que ya reclamaba Hodgson haciendo un diagnóstico de la disciplina a principios de este siglo¹⁹⁴. En cualquier caso, el miedo de buena parte de la economía académica a que la interdisciplinariedad rebaje su estatus científico (en el sentido apuntado por Althusser), es un obstáculo no menor.

A través del recurso a la ciencia, la economía fue volviéndose cada vez más autónoma no sólo de la filosofía, sino de las otras ciencias sociales. Si durante siglos la economía formaba un todo con otros campos del conocimiento, la autonomía alcanzada ha generado una dinámica propia que viene marcada por la propia práctica económica. O en términos althusserianos, la filosofía espontánea de los economistas como un producto de su quehacer económico muy deudor de las estructuras e instrumentos matemáticos. Este proceso se ha dado en paralelo a otro que, al menos hasta los economistas neoclásicos y buena parte de los grandes economistas de la primera mitad del siglo XX, parecía menos que impensable: el distanciamiento de la teoría económica tanto de la política económica como del análisis estricto de variables. En este sentido, cuando la opinión pública responsabiliza a un economista de no haber anticipado la última “gran recesión”, de haberla provocado o de no ser capaz de resolverla, ¿en quién está pensando? Porque no parece que tengan que ser necesariamente coincidentes en un mismo cuerpo los previsores, los responsables y los encargados de arreglar el desaguisado.

Esta conclusión no es desde luego muy optimista, pero es preciso tenerla en cuenta si queremos entender la magnitud del problema. Cuando la economía nació como ciencia era pensamiento económico y política económica, e identificar a sus practicantes era tarea sencilla, algunos de ellos filósofos. Entre finales del siglo XIX y primer tercio del XX, economía era

¹⁹² Una exposición del “enfoque de las capacidades” de Sen y su relación con Aristóteles en Conill, 2004.

¹⁹³ Lanchester, 2011: 154-55.

¹⁹⁴ 2001: 22-3.

análisis económico y, en muchos casos, ya no política económica alguna. Identificar a sus practicantes se había vuelto entonces bastante más difícil de discernir, entre científicos puros, sociales, pensadores genéricos y hombres de negocios. Hoy día ni siquiera es posible afirmar categóricamente que economía (teoría) y análisis económico sean lo mismo, mientras la política económica practicada por los centros de poder puede tener algo que ver o nada con esas dos categorías. La identificación de los rasgos concretos que definen al practicante de la economía se ha vuelto una tarea imposible, dadas las múltiples vertientes y procedencias intelectuales que comprende.

Esa diversidad casi indescifrable tiene vertientes no necesariamente pesimistas, por ejemplo, la proliferación de economistas críticos o heterodoxos, no abordados en este trabajo. No obstante, aunque dentro del dominio casi aplastante ejercido por la corriente dominante, esos otros economistas lograran ser algo más que unos “desharrapados” (como dice Lordon), la pregunta sería si podrían llegar a influir en los miles de hacedores de economía, que no han leído (ni leerán) una palabra de teoría o pensamiento económico. Desde esa perspectiva, reformar los estudios de Economía para incorporar más elementos de pensamiento (económico, filosófico, sociológico...) u otras formas de entender la economía, extremo de por sí muy complicado a estas alturas, no impediría que siguieran pululando libres, amén de los computadores amenazantes estilo HAL 9.000, candidatos manchurianos y francotiradores con capacidad para influir, incluso sin pretenderlo, en la marcha de la economía global. Todos y cada uno de ellos con su CDM, con su visión de las cosas particular. Una forma de ver el mundo que, en la inmensa mayoría del ámbito económico, desde las universidades a las empresas financieras, pasando por las escuelas de negocio y agencias de bolsa, otorga la máxima consideración a las ciencias puras, y la menor a la filosofía.

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

- Althusser, Louis (1975): *Curso de filosofía para científicos*, Barcelona, Laia.
- Bedogni, Ursula (2007): *John Stuart Mill. Vida, pensamiento y obra*, Madrid, El Mundo-Expansión.
- Blaug, Mark (1994): “Paradigms versus research programmes in the history of economics” en Daniel N. Hausman (ed.): *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 348-375.
- Conill, Jesús (2004): *Horizontes de economía ética*, Madrid, Tecnos.
- Dobb, Maurice (1980): *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith: ideología y teoría económica*, Madrid, Siglo XXI.
- Estapé, Fabián (2009): Mis economistas y su trastienda. La historia de la economía a través de la vida privada y las anécdotas más personales de los principales economistas, Barcelona, Planeta.
- Farrington, Benjamin (1971): *Francis Bacon, filósofo de la revolución industrial*, Madrid, Ayuso.
- Franco de los Ríos, Camilo (2005): “El formalismo axiomático en economía”, *Cuadernos de Economía*, vol XXIV, 43, pp. 35-63
- Friedman, Milton (1994): “The methodology of positive economics”, en Daniel M. Hausman (ed.): *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 180-213.
- Galindo, Miguel Ángel (2008): “El papel del empresario en la obra de Keynes”, *Información Comercial Española*, 845, pp. 59-72.
- Guerrero, Diego (1997): *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Madrid, Trotta.
- Gray, John N. (1984): “F. A. Hayek y el renacimiento del liberalismo clásico”, *Libertas*, 1, pp. 5-115.
- Hammond, J. Daniel (1992): “An interview with Milton Friedman on methodology”, en B.J. Caldwell (ed): *The philosophy and methodology of economics*, Aldershot, pp. 216-238.
- Hausman, Daniel M. (1994): “Why look under the Hood?”, en Daniel M. Hausman (ed.): *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 217-223.
- Hodgson, Geoffrey M. (1995): *Economía y evolución. Revitalizando la Economía*, Madrid,

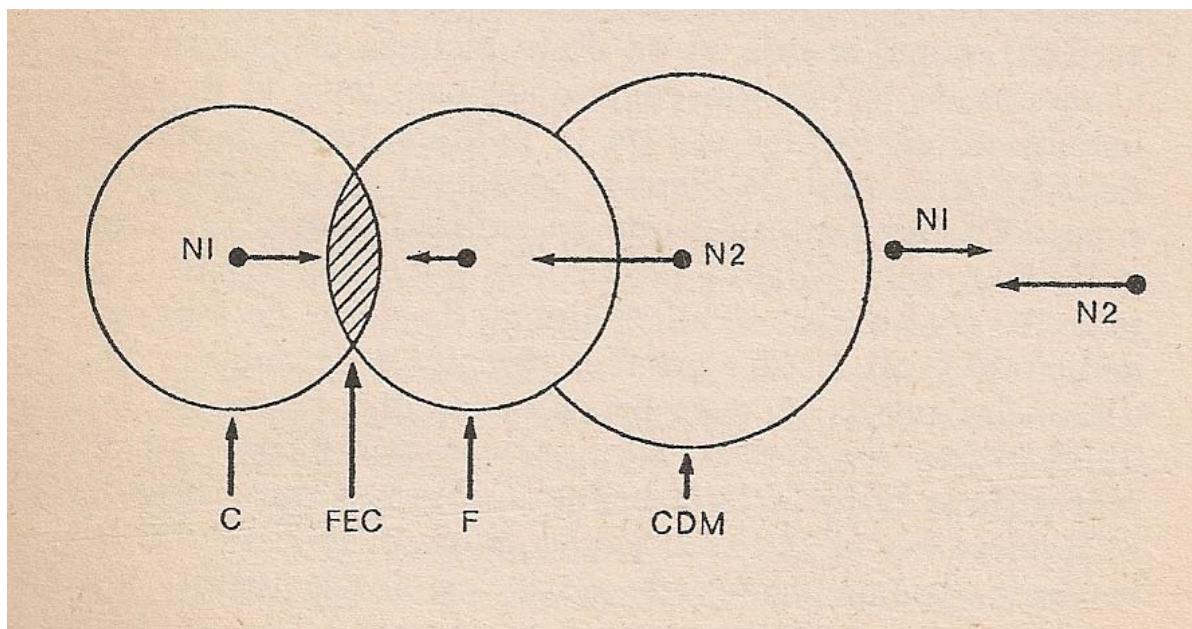
Celeste.

- Jevons, William Stanley (1998 [1871]): *Teoría de la economía política*, Madrid, Pirámide.
- Lanchester, John (2011): *¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadie puede pagar*, Barcelona, Anagrama.
- Lordon, Frédéric (2012): “Keynes, la crisis y los “espíritus animales”. La onda expansiva de la crisis en la teoría económica”, en VV.AA.: *Pensar desde la izquierda. Mapa del pensamiento crítico para un tiempo de crisis*, Madrid, Errata naturae, pp. 345-368.
- McCloskey, Donald N. (1994): “The rhetoric of economics”, en Daniel M. Hausman (ed.): *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, pp. 395-446.
- Magris, Claudio (2010): *El Danubio*, Barcelona, Anagrama.
- Maloney, John (1991): *The professionalization of economics. Alfred Marshall and the Dominance of Orthodoxy*, Lóndres, Transaction Publishers.
- Melitz, Jack (1972): “La significación de la contrastación de los supuestos económicos en Friedman y Machlup”, *Revista Española de Economía*, 2 (3), pp. 309-345.
- Méndez, Víctor (2007): *Adam Smith. Vida, pensamiento y obra*, Madrid, El Mundo-Expansión.
- Morgan, Mary S. (2006): “Economic man as model man: ideal types, idealization and caricatures”, *Journal of the History of Economic Thought*, 28,1, pp. 1-27.
- Naredo, José Manuel (1996): *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI.
- Perdices de Blas, Luis (2003): *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Síntesis.
- Praider, Pierre Charles y Teira, David (2002): “Frank Knight y los positivistas”, en Wenceslao J. González et ali. (coord.): *Enfoques filosófico-metodológicos en economía*, pp. 107-141.
- Puu, Tönu (1972): “ Algunas reflexiones acerca de la relación entre la teoría económica y la realidad empírica”, *Revista Española de Economía*, 2 (3), pp. 347-385.
- Reeder, John (1998): “Estudio preliminar”, en Adam Smith: *Ensayos filosóficos*, Madrid, Pirámide, pp. 9-38.
- Ricossa, Sergio (1996): *Maledetti economista. Le idiozie di una scienza inesistente*, Milano, Rubbettino.
- Robinson, Joan (1966): *Filosofía económica*, Madrid, Gredos.
- Roncalgia, Alessandro (2006): *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Rosenberg, Alexander (1994): “If economics isn’t a science, what is it?”, en Daniel M. Hausman (ed.): *The philosophy of economics. An anthology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 376-394..
- Samuelson, Paul A. (1972): “Una respuesta al comentario de Massey”, *Revista Española de Economía*, 2 (3), pp. 293-307.
- Schirrmacher, Frank (2014): *Ego. Las trampas del juego capitalista*, Barcelona, Ariel

- Schumpeter, Joseph Alois (1994 [1954]): *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel.
- Smith, Adam (2009 [1776]): *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Madrid, Tecnos.
- Smith, Adam (1998 [1795]): *Ensayos filosóficos*, Madrid, Pirámide.
- Spiegel, Henry Wiliam (1990): *El desarrollo del pensamiento económico. Historia del pensamiento económico desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días*, Barcelona, Omega.

APÉNDICE

Esquema de la relación althusseriana entre elementos presentes en el trabajo científico (a partir del ejemplo de Jacques Monod)



C: esfera de la ciencia o de la práctica científica.

FEC: filosofía espontánea de la ciencia.

F: esfera de la filosofía (de la ciencia).

CDM: esfera de la concepción del mundo (ideológica, religiosa, política..).

N1: el núcleo uno es el procedente de la práctica científica irradiando una tendencia materialista en la FEC.

N2: el núcleo dos es el procedente de la CDM e irradia una tendencia idealista en la FEC.

